

# situación

## SUMARIO

el panorama gremial en 7 preguntas  
– apuntes sobre el carácter del estado  
y el acceso al poder – ahora es posible  
la paz en argelia – ecuador cholo – el  
capital humano – ee.uu. y la compe-  
tencia económica – un antisemitismo  
sin judíos – en torno a los países sub-  
desarrollados – esquemas económi-  
cos – libertad de prensa – cuentos:  
"pancho rojas" – "el estómago"  
suplemento con la  
RESPUESTA DE CUBA A EE.UU.

Nº

1

REVISTA MENSUAL - BUENOS AIRES - MARZO 1960

# situación

es una revista tendenciosa. Será también expresión de militancia.

Somos socialistas y latinoamericanos. Es decir, somos marxistas y creemos en la necesidad de la integración de "Nuestra América".

Al decir marxistas no estamos idealizando las soluciones dadas para una sociedad europea de siglo atrás, sino que, basados en ese método de análisis, trataremos de colaborar en la construcción de una doctrina para los países subdesarrollados de este continente, nutrida de la savia nativa, enraizada en la realidad y por lo tanto entroncada con sus movimientos populares.

Aquí, donde se juega su existencia una burguesía criolla —que no es argentina ni progresista porque depende de intereses foráneos a los que se ha entregado conscientemente—, proclamamos nuestra pasión antiimperialista.

En un país donde el periodismo no comercial es una aventura tremenda, surgimos con la pretensión de ser medio de expresión de los que sepan dar soluciones populares a los gravísimos problemas nacionales, y no es intención nuestra adoptar posiciones magisteriales o actitudes paternas.

En estos momentos en que todo es tanteo y especulación nos afirmaremos en la ciencia y en la técnica.

Trataremos al hombre en su totalidad. Demasiado probado está que todos los actos humanos obedecen a motivaciones profundas. Únicamente han tenido y tendrán vivencia los planteos sociales que respeten esa totalidad; y el socialismo deberá elaborar su doctrina y ajustar su acción a esas motivaciones; que no son las **ideales** sino las que **realmente** se presentan.

**Situación** aparece para servir **exclusivamente** a la clase trabajadora. Las necesidades de ésta irán determinando sus posiciones.

**Situación** está situada. En este meridiano argentino y en el centro de la insurrección proletaria.

Están adelantados los propósitos.

No tenemos tabúes que nos frenen ni compromisos que nos diluyan.

Preferimos escandalizar a que nos aplaudan sin vehemencia.

Buenos Aires, 14 de marzo de 1960.



**Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza.** Contesta por medio del Secretariado Nacional.

**Máximo Baringoltz.** Secretario Gremial de la Federación Unica de Viajantes de la Argentina. Miembro del MOU, en representación del MUCS.

**Héctor Bravo.** Prosecretario de la Sociedad de Resistencia Plomeros, Cloaquistas, Hidráulicos y Anexos. Responde desde la cárcel de Caseros, donde se encuentra a disposición del P. E., juntamente con otros 82 obreros del gremio.

**Antonio A. Di Santo.** Miembro de la Comisión Directiva de La Fraternidad y Director Provisional de la Caja de Previsión para Ferrovianos.

La especial importancia que reviste en estos momentos la organización y consolidación del movimiento obrero, en su doble carácter de instrumento defensivo de los intereses de clase del proletariado argentino y de pilar de la defensa nacional, ha inspirado el cuestionario sometido por SITUACION a entidades y dirigentes sindicales, con el propósito de contribuir al esclarecimiento del panorama gremial del país. Además de las opiniones de los que contestan en este número, en el próximo haremos conocer otras.

1 **¿Sobre qué bases cree Ud. que debe establecerse la unidad obrera en el país?**

2 **¿Qué opinión le merecen los actuales agrupamientos obreros: 32, 62 y MUCS? ¿A qué razones obedece la formación de dichos agrupamientos?**

3 **En el orden internacional, ¿cómo juzga Ud. a la ORIT, a la CTAL, al CIOSSL y a la FSM? ¿Cree en la necesidad de una central latinoamericana tal cual la proponen los trabajadores cubanos?**

4 **¿Cree Ud. que deben incidir los sindicatos sobre la conducción política del país? ¿Cómo?**

5 **¿Cree posible una conciliación de intereses entre patronos y obreros, que establezca una paz social duradera?**

6 **¿Cuáles deben ser las relaciones de los gremios con la iglesia y el ejército? ¿Y con la justicia?**

7 **¿Cree posible eventuales enfrentamientos entre sindicatos que agrupen a obreros y a empleados y también entre los que agrupen a obreros altamente especializados y los que reúnen a los que no poseen dicho alto nivel técnico?**

**EL PANORAMA**

**GREMIAL EN 7 PREGUNTAS**

# 1 ¿Sobre qué bases cree Ud. que debe establecerse la unidad obrera en el país?

## FED. DE LUZ Y FUERZA

Mediante los puntos comunes que acercan a las organizaciones obreras; con un plan de reivindicaciones mínimas, una amplia tolerancia respetando la autodeterminación de las organizaciones.

## MAXIMO BARINGOLTZ

En primer término, es imprescindible que desaparezcan los sectores. Es decir, debe llegar a cristalizarse a la brevedad una sola dirección. Realizado este primer paso, el MOU, que representa la mayoría del movimiento obrero, tendría que convocar al Congreso de la CGT, invitando a todas las organizaciones sindicales, pues no podemos esperar a que al gobierno se le ocurra realizar dicha convocatoria, pues lo que éste persigue es mantener la intervención a la central obrera para poder cumplir, dividiendo al movimiento obrero organizado, sus planes de entrega al imperialismo. La CGT existirá por la fuerza que representa y no porque el gobierno le entregue el edificio de la calle Azopardo.

Por otra parte, y esto es ya obra de los delegados al Congreso, es necesario hacer de la CGT un instrumento de lucha permanente para la liberación de la clase trabajadora. Para ello, su Declaración de Principios y su Estatuto deberán fijar claramente que la central obrera acepta la lucha de clases como una realidad histórica cuya meta es la revolución social.

## HECTOR BRAVO

La unidad obrera únicamente se puede concretar con bases firmes; en la práctica integral del federalismo, en la que las organizaciones sindicales se dan su propia vida orgánica, dentro del respeto hacia las organizaciones hermanas y en las que las resoluciones de las bases no estén supeditadas a los intereses de burocratas sindicales encaramados en la dirección de los sindicatos.

## ANTONIO A. DI SANTO

Sobre ideas de orden práctico en el terreno sindical, tal cual lo perciben los trabajadores: defensa de los convenios colectivos, de la libertad de los dirigentes gremiales, lucha contra la desestatización de las industrias y por la cogestión obrera en las mismas, defensa de las cajas de retiro jubilatorio, salarios remunerativos, etc.

# 2 ¿Qué opinión le merecen los actuales agrupamientos obreros: 32, 62 y MUCS? ¿A qué razones obedece la formación de dichos agrupamientos?

## FED. DE LUZ Y FUERZA

Creemos que, si bien estos nucleamientos pudieron justificarse en su tiempo en virtud de pensamientos distintos, en la hora actual no se justifican y deben esforzarse por disolverse y aunar todos los esfuerzos para el rescate de la CGT.

## MAXIMO BARINGOLTZ

Los "32" —que no pasan de 10— son en definitiva un minúsculo grupo de dirigentes, que toda la clase trabajadora ha repudiado toda vez que los mismos han tomado posiciones contrarias a los intereses proletarios. La acción de dicho agrupamiento ha sido siempre disolvente. Basta recordar las resoluciones de las "32" que dieron la espalda a todos los movimientos de fuerza convocados por el MOU.

En cuanto a los "62", es innegable que su dirección se halla identificada con la idea peronista, pero también es cierto que en la acción desplegada por el citado sector del MOU, la pasión partidista ha quedado de lado para dar paso a las realizaciones que nos son comunes. Este hecho es un gran paso hacia la unidad.

Con respecto al MUCS, agrupamiento abierto a todas las inquietudes del movimiento gremial y nacido exclusivamente para luchar por la unidad de la clase trabajadora, mucho tendría que decir, pues he vivido desde su creación en labor permanente por lograr un entendimiento con los demás sectores. Sólo agregaré que el MUCS, factor preponderante de los 13 puntos del MOU, ha cumplido desde el primer momento con los propósitos enunciados desde su iniciación: buscar entre los distintos agrupamientos las coincidencias que permitieran constituir una sola central obrera.

## HECTOR BRAVO

Es evidente que la estructura netamente política que caracteriza desde su creación a la CGT ha llevado a los grupos de las distintas ideologías que beligeran en el campo obrero, o sea las 62, 32 y MUCS, a buscar el campamento de dicha central para usar el poder que le confiere dicho nucleamiento como arma de coacción política tanto oficialistas como opositores.

## ANTONIO A. DI SANTO

Los actuales agrupamientos son producto de los distintos enfoques que tienen las direcciones sindicales acerca de la realidad argentina. La experiencia nos está demostrando, empero, que las diferencias se acortan y que la unidad se va sellando, paulatinamente pero con firmeza. Algunos sectores son y seguirán siendo irreductibles, pero serán superados por la realidad del mismo movimiento obrero que ya va dejándolos a la zaga.

# 3 En el orden internacional, ¿cómo juzga Ud. a la ORIT, a la CTAL, al CIOSL y a la FSM? ¿Cree en la necesidad de una central latinoamericana tal cual la proponen los trabajadores cubanos?

## MAXIMO BARINGOLTZ

La ORIT ha pasado a ser desde hace tiempo un apéndice del Departamento de Estado de los EE.UU.; la CTAL, de la que algunos dirigentes de las "32" fueron en un tiempo miembros conspicuos, es un organismo sin gravitación continental que responde a directivas de la Federación Sindical Mundial, cuyos dirigentes están totalmente identificados con el Partido Comunista. Esto no es una apreciación personal, sino un dato perfectamente comprobado, y que

nunca ha sido desmentido fehacientemente por dichos dirigentes. Con respecto a la CIOSL, cabe decir que apoya totalmente la política de la ORIT y es la principal culpable de la acción divisionista de las "32", a las que alienta pública y financieramente. Creo en la necesidad de una nueva central Latinoamericana que luche contra todas las formas de imperialismo. En esta tarea, los trabajadores cubanos no están solos, pues también la Confederación de Trabajadores de Venezuela ha dado muestras de la misma inquietud y, significativamente, ha resuelto **no ratificar** su afiliación a la ORIT.

## HECTOR BRAVO

La contestación anterior entra dentro de los lineamientos generales de ésta, solamente que evade el campo interno o nacional y se proyecta hacia lo internacional. El fracaso de la 1ª Internacional de los Trabajadores provocado por los grupos autoritarios del socialismo es un ejemplo de la participación esencialmente política de sectores encasillados en el afán de utilizar el movimiento obrero para la toma del poder político, desvirtuándose el concepto de unidad obrera, el que, como decimos en la contestación de la primera pregunta, debe estructurarse desde las bases para evitar de tal manera el autoritarismo y el dirigismo.

## ANTONIO A. DI SANTO

Las grandes centrales están demasiado comprometidas con los grandes bloques en que está dividido el mundo. Los trabajadores de Latinoamérica pertenecen a países posteriores en su desarrollo, cuyas raíces y problemas comunes imponen vínculos de unión. La iniciativa de los trabajadores cubanos me parece acertada.

# 4 ¿Cree Ud. que deben incidir los sindicatos sobre la conducción política del país? ¿Cómo?

## FED. DE LUZ Y FUERZA

En la actualidad la conducción política está dada en forma directa por una planificación económica y esta última está golpeando casi exclusivamente en las espaldas de los trabajadores y, por ello entendemos que, sin sectorizarse, las organizaciones obreras no pueden dejar de actuar políticamente en tanto con ello modifiquen la planificación económica que las están asfixiando.

## MAXIMO BARINGOLTZ

Es deber de todas las organizaciones obreras vigilar constantemente la acción de los gobiernos e intervenir todas las veces que sea necesario en los debates sobre los planteos que, como la conducción política del país, les tocan tan de cerca.

## HECTOR BRAVO

Estamos convencidos que las organizaciones obreras deben luchar y encominar su acción hacia un solo fin: la destrucción del poder político y económico; por lo tanto

toda ingerencia de las mismas en las organizaciones estatales son un impedimento para el desarrollo de la inquietud revolucionaria del proletariado.

## ANTONIO A. DI SANTO

Si. En cierta forma lo están haciendo, como lo demuestra la defensa del petróleo y del Frigorífico Lisandro de la Torre. Si la unidad se hubiese sellado ya, el panorama político del país hoy sería distinto. Si la unidad se concreta, la incidencia de los trabajadores sobre la conducción política del país será, sin duda, decisiva.

# 5 ¿Cree posible una conciliación de intereses entre patronos y obreros, que establezca una paz social duradera?

## FED. DE LUZ Y FUERZA

Somos partidarios de la buena relación, pero mientras los patronos no cambian de mentalidad, estimamos que son ilusorias las esperanzas de un acercamiento obrero-patronal.

## MAXIMO BARINGOLTZ

Terminantemente no creo, como trabajador y como socialista, en una conciliación de intereses entre patronos y obreros. Habrá siempre, mientras exista la actual sociedad, una permanente lucha de clases, y sólo alcanzaremos una paz social duradera con el advenimiento de la clase trabajadora al poder por intermedio de su partido de clase, el Partido Socialista.

## HECTOR BRAVO

Lo antes apuntado certifica la imposibilidad de una conciliación entre los intereses del capitalismo y el Estado y las necesidades del proletariado, dado que mientras exista el privilegio existirán los explotados.

## ANTONIO A. DI SANTO

No. Las conciliaciones son puramente transitorias y producidos por un estado cercano al equilibrio de fuerzas, desde luego con factores incidentales cuyas complejidades escapan a la posibilidad de esta encuesta. Que en este momento no existe tal conciliación, lo prueba el constante encarcelamiento de trabajadores, que contrasta con la impunidad de los que desvergonzadamente encarecen la vida.

# 6 ¿Cuáles deben ser las relaciones de los gremios con la Iglesia y el ejército? ¿Y con la justicia?

## MAXIMO BARINGOLTZ

No hay motivo alguno para tener relaciones con los eternos enemigos de la clase trabajadora: la iglesia y el ejército.

cito. En cuanto a la justicia, hace tiempo ya, desgraciadamente, que se halla al lado de los intereses de la burguesía. Poco podemos esperar de ella, sobre todo en vista de los últimos fallos en contra de los trabajadores de Aerolíneas Argentinas, de CATITA y otros. Además, ¿dónde está esta justicia, si siguen encarcelados centenares de dirigentes gremiales sin causa ni proceso, al tiempo que centenares de empresarios que son verdaderos estafadores públicos pasean impunemente su desvergüenza en los casinos de juego.

#### HECTOR BRAVO

La historia documenta que las iglesias y los ejércitos han estado siempre al servicio del capital, sea éste privado o de Estado. Por lo tanto consideramos que el objetivo del proletariado debe ser destruir toda organización cuyo fin específico es anular el derecho reivindicativo de los pueblos por medio de la coacción física y espiritual. En cuanto a la supuesta justicia burguesa, consideramos que la misma, por ser de clase, tiene los mismos vicios de quienes la defienden y patrocinan.

#### ANTONIO A. DI SANTO

Nuestro pueblo es profundamente religioso, pero no beato. No creo, por ello, que los sindicatos puedan tener preocupaciones al respecto. Está históricamente demostrado, además, que nuestro movimiento obrero ha sido prescindente en la cuestión religiosa. No puede preocuparnos que haya entre nosotros quien crea en el cielo y en el infierno. Si interesa saber, en cambio, qué piensa la iglesia acerca del movimiento obrero, para poner sobreaviso a nuestros compañeros que siguen o pueden seguir los consejos eclesiásticos. El amor de la Iglesia por la pluralidad sindical es harto significativo, y constituye una prueba más de su inclinación por ciertos aspectos terrenales.

En cuanto al ejército y a la justicia, tienen perfectamente definidos sus funciones como pilares del actual orden social. El ejército, tanto por su composición social como por su formación (hablo de la oficialidad, claro está), tiene perfecta conciencia de su función de clase y de acuerdo con esa conciencia actúa. Las excepciones (Baldrich, Mosconi, etc.) se dan muy raramente. La justicia, por su parte, si bien hay excepciones también en ella, seguirá siendo, mientras subsista el actual orden social, un instrumento defensivo de intereses de clase y del privilegio.

## 7 ¿Cree posible eventuales enfrentamientos entre sindicatos que agrupen a obreros y a empleados y también entre los que agrupen a obreros altamente especializados y los que reúnen a los que no se ven dicho alto nivel técnico?

#### MAXIMO BARINGOLTZ

Confía en que no habrá enfrentamientos entre los sindicatos que agrupan a obreros y los que reúnen a empleados. Ambos sufren la explotación capitalista, ambos se ven despojados diariamente del fruto de sus esfuerzos, que es apropiado por los patrones y que Juan B. Justo llamó gráficamente "la parte del león". Los bancarios y los empleados de comercio, con sus magníficas huelgas codo a codo con los obreros industriales, demostraron que la clase trabajadora es una sola. Si hemos de construir la nueva sociedad, lo haremos con todos los que, de una manera u otra, pertenecen a la gran legión de los explotados.

#### HECTOR BRAVO

Si los obreros científicos, intelectuales y manuales que viven bajo el principio de propiedad, considerasen que la actual estructuración social es negativa para el total desarrollo de la personalidad del hombre, las actuales diferencias de las especializaciones serían fácilmente superadas. Si las mismas se enfocan en el plano de la necesidad de evolucionar hacia lo que consideramos debe tender toda organización obrera, es decir que pese a las conquistas materiales momentáneas debemos actuar para el futuro, se harían posibles las condiciones que conduzcan a la destrucción del actual sistema de explotación, reemplazándolo por la sociedad libertaria del porvenir.

#### ANTONIO A. DI SANTO

No. La técnica, en nuestro país, no alcanza grados de especialización tales que puedan dar lugar a tal peligro. Por otra parte, las organizaciones obreras, salvo unas pocas, no están estructuradas sobre tales supuestos. El sindicato por industria es un buen instrumento para que ello no ocurra. Con esta consideración queda también contestado el primer punto de la pregunta N° 7.

ECUADOR, pequeño retazo en la vasta geografía del Nuevo Mundo, puede servir por sus raíces étnicas —indio, europeo, negro—, por su paisaje de niveles diferentes —selva amazónica, altiplano andino, manigua de costa—, por el perfil de sus expresiones culturales —disputa entre todo aquello que quiere ser yuxtaposición mecánica o copia servil y lo que en realidad es creación, mezcla fecunda capaz de difundirse y universalizarse— y por muchos aspectos más, de punto de referencia y comparación en el estudio del hombre y de las sociedades hispanoamericanas.

Ecuador es el fruto de una despiadada lucha en el tiempo —leyendas trucas y resentidas tradiciones por la violencia del choque en el descubrimiento y en la conquista, historia turbulenta en busca de un destino superior a su realidad social—, es la angustia, la esperanza, el dolor y la fe que dejan los cotidianos batallas con su bravo, infranqueable y desigual naturaleza —roca y piedra de cerros y cordilleras de la zona serrana que encierran más de una veintena de amables y pintorescos valles donde el verde se extiende y juega con todos sus tonos; piel parda de fronda selvática y pantanos en las regiones de la costa y del Oriente, donde la exuberancia se desborda en benedictino olor a cacao, a banano, a café, a arroz, a piña, a mango, a canela, y en azote de sobandijas venenosas, de mosquitos y de zancudos que inyectan fiebres delirantes. Ecuador —al mirarlo desde su función biológica y desde su arquitectura cultural— es también en profundidad de forma y de espíritu, proceso de cruce, de amalgama, de mezcla y combinación —en etapas lentas a veces, en explosivas otras—. Como en todos los países americanos que estuvieron en poder de España, en Ecuador surgió —antes del primer aniversario de la noche en la cual los conquistadores blancos y barbados dominaron a los nativos sin exterminarlos— un nuevo tipo humano, el mestizo cholo que, con el mestizo mulato, con el mestizo zambo y con el mestizo de todas las razas llegadas más tarde, constituyó el más original y definitivo fenómeno del Nuevo Mundo. El mestizo cholo ecuatoriano —pobre o rico, disfrazado de indio con poncho o disfrazado de caballero con casimir inglés— de actitud, perfil y rasgos híbridos —presencia imborrable de sus raíces ancestrales—, quizás por circunstancias de su origen —padre que engendra con angustia de remordimiento católico y con asco de omnipotencia feudal; madre que concibe, pare y cria al hijo con dolor, con vergüenza y con ternura amargas de un vivir esclavo— no ha podido unificar y equilibrar totalmente el proceso de su integración espiritual —complejos, achalamientos, imitaciones de vidas, de obras y de mundos victoriosos—. Eso perenne contradicción íntima —inconformidad de europeo que menosprecia a quien se halla encadenado, rebeldía taimada del indio que sólo se manifiesta con su presencia— le da y le obliga a valoraciones distintas, a obsesiones absurdas. Y a fuerza de querer incorporarse en el vivir de Occidente —mundo alto en su parábola cultural—, olvida que la mejor forma de hacerlo es viviendo su propia vida y uniéndose sin reparos ni vergüenzas a lo original y profundo de la historia de sus agentes.

Con el descubrimiento de América se inicia el Siglo de

Oro de España. Cervantes entrega a su patria y a la humanidad la obra más luminosa del genio literario de la Península. Lope de Vega y Calderón de la Barca abren la entraña de la fantasía popular y arrancan la auténtica expresión dramática, trágica y cómica del alma ibérica. La Compañía de Jesús da al catolicismo español un empuje mundial de gran sentido militante. Leyes e instituciones de sagacidad y de sabiduría ecuménicas difunde y crea por ese entonces la Metrópoli. ¿Y cuál era la situación real sobre los puntos anotados en las tierras descubiertas por Occidente? ¿Cuál en el Reino de Quito —ahora Ecuador—, que hemos tomado como referencia en el continente hispanoamericano? Grupos aislados arremolinándose en sus propios ayllus sanguíneos —encierra que pudo guardar en proyección hacia el futuro lo autóctono de su esencia y de su existencia—. Cultura de nivel sin vuelo de gran aventura —menos en el pensamiento que en la acción—. Débil estructura íntima de los Estados —una especie de comunismo en la forma de producción, y una especie de monarquía teocrática y patriarcal en la superestructura—. Un raro y poderoso aliento, al ritmo y al impulso exuberantes de la tierra virgen —desde el manantial del espíritu de firmezas y arraigos selváticos y supersticiosos—. Una porfía sádica de la sangre y del alma —hombre y cultura— por persistir, por sobrevivir a pesar de la derrota, de la esclavitud, de la rapiña, del despojo, de la liquidación violenta del idioma, del caer de los dioses, de las obras de arte, de los monumentos; a pesar de la fuerza devastadora y delumbrante de aquellos seres blancos y barbados, de aquellos seres traídos por el viento —huairapamushas— de la profecía de Viracocha; a pesar del atrappello sexual que logró filtrarse en los sentimientos femeninos desviando el coraje en favor de la ternura hacia el llanto taimado y el inestable proceder de los "guaguas que asomaron no más medio blanquitos". Una porfía sádica de la sangre y del alma por persistir, por sobrevivir a pesar de todo, que es lo que integró poco a poco el verdadero mestizaje cholo —detalles de específica originalidad en el desenvolvimiento histórico; formas nuevas y exóticos aditamentos en la arquitectura, en la escultura, en la pintura, en las artes manuales; brotes de paganismo hechicero sobre la liturgia católica; violencia volcánica al resolver problemas políticos. Mestizaje cholo que fue transformando, día a día, noche a noche, al vencedor y a su cultura en alguien y en algo que no eran ni él ni su expresión de vida e historia, que tampoco eran el indio y sus costumbres, y que, sin embargo —rotos los viejos principios, melladas las formas por el choque, confundidos los ídolos y los dioses, con amor de árbol y aventura de pájaro hacia la tierra, con cierto simbolismo en el trabajo artesanal que era retocado luego al amparo de una copia de la naturaleza—, se parecían, estaban presentes los dos mundos, a ratos en desequilibrio monstruoso —época de conquista, de esclavitud, de coloniaje—, a ratos en acuerdo unificador, complementario, fecundo —época de lucha, de rebeldía, de entendimiento popular, de nobles ofanes de libertad en manos cholos. Proceso histórico de una cultura invasora transformada y capturada vertical y horizontalmente por la del pueblo subyugado, que no fue ni es una mera imposición de la occidental o través de la española —como en realidad fueron la conquista y los siglos coloniales, como aún se presenta en ciertos casos de inestabilidad psíquica, como la defienden y la buscan las oligarquías y sus lacayos en situaciones de absurdo y paradoja—. Ni es tampoco un renacimiento vernáculo, como lo creen ciertos indigenistas que sólo han visto en el aborígen y su cultura un valor de permanencia biológica —geográfica— social, sin entender que quienes no se mezclaron por la sangre lo hicieron de inmediata por el contagio de las nuevas formas de vida que se imponían, de las nuevas necesidades que surgían en torno, de los nuevos sentimientos —felices o trágicos, crueles o justos—. En este aspecto es indispensable

# situación

revista mensual

Casilla de Correo 3115 - Buenos Aires - República Argentina

Consejo de Dirección:  
LUIS A. BERGONZELLI, BUENAVENTURA BUENO,  
ABEL ALEXIS LATENDORF, AMERICO PARRONDO  
Administrador:  
CARLOS VILARDEO

Correo Argentina Central (B)	FRANQUEO PAGADO
	CONCESION 575

Dirección y Administración: PAYSANDU 2059 - T. E. 45-5562 y 70-7099 - Bs. As.  
Derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin expresa autorización escrita. Los artículos firmados reflejan las opiniones de sus autores. Este número se imprimió en los Talleres Gráficos STILCOGRAF S.R.L., calle Gral. Manuel A. Rodríguez 2548, Buenos Aires, en marzo de 1960

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite

# Nº 1

# ECUADOR CHOLO

por JORGE ICAZA

Derechos de exclusividad adquiridos a  
PRENSA LATINA

aclearar la urgente necesidad de dignificar las virtudes, las posibilidades y los sentimientos de la sangre del indio, del indio que cada hispanoamericano lleva en el alma. El otro, el indio que anda semiacholado por los páramos de los cerros, por las quebradas de los valles, por el dédalo de la manigua devoradora y palúdica de la costa, atado al huaspungo del latifundio, vegetando acorralado en pequeñas parcelas comunales, debe ser defendido, debe ser salvado, hay que luchar por él, pero con el rigor que exige la defensa, la salvación y la lucha por la completa liberación de una clase social cruelmente explotada e inhumanamente sumida en la miseria y la ignorancia.

Se ha dicho más de una vez que políticamente España salió de América expulsada por las guerras de la Independencia. ¿Pero puede llamarse salir cuando la forma de producción, cuando el indio esclavo, cuando latifundio y latifundistas, cuando ciertas instituciones y ciertas leyes impuestas desde la colonia permanecieron inalterables? No obstante algo se ganó en aquella etapa histórica — surgía en contragolpe de lo trágico de la lucha, de las angustias y fracasadas esperanzas populares, del indio siempre al margen —, algo para aligerar y destapar el valor profundo — biológico, psíquico, artístico, histórico — y la acción definitiva del mestizaje — hasta entonces reuelto, inconcluso, añadido, transitando por vías prohibidas y subconscientes —. Pueblo conquistado con crueldad de crimen y traición, pueblo que soportó el atrapello, el desprecio y el asco en el amor para la hembra y para el hijo, pueblo que cruzó largo época de viscosa y oscura de colonia, tuvo que cuajar un mestizaje defensivo, revolucionario, violento e lleno de pequeñas y grandes venganzas. Así, pues, la cultura de la gran masa chola del Ecuador se halla casi inconclusa — atrasada en muchos aspectos, evolucionada en otros —. En la música y en la danza — folklore nacido en la lejana noche de la queja del mitimae y petrificado hasta nuestros días — la mezcla se quedó como simple sustitución de instrumentos. Por la quena y el tambor del indio, el cholo usó la guitarra española, y en los pasos machachos de sus danzas — mirra humilde, pañuelo que sólo logra elevarse hasta el pecho, figura sembrada en porfia de golpes de talón —, alegres y sensuales estremecimientos de jota. La arquitectura inició sus realizaciones encaramando los campanarios católicos sobre los muros de los templos indios, luego, a lo largo de los caminos y en los suburbios de los poblados, aparece la casa chola — construcción de adobe, teja, carrizo, paja, corredor abierto al sendero o a la calle, poyo de pilar a pared para exhibir o cocer cuanto el indio y el chagra viajeros devoran en su descanso, muros sin ventanas, y, cuando asoman, semejan huecos, respiraderos, hornacinas —, la casa chola que no logró imponerse al mal gusto del capricho de amos y terratenientes deslumbrados por estilos inconsultos. En la pintura y en la escultura en cambio — grupos de artistas de selección y público devoto — vibra la emoción del color y de la forma desde lo más profundo de sus raíces étnicas, telúricas, despertando en ellas la conciencia del valor, del anhelo de una originalidad autóctona que logra golpear en la emoción universal. Y es en la escultura de madera pintada — hacia mediados del siglo XVII — que el padre Carlos abrilanta el color de sus trabajos echando un toque nuevo en el arte de continua imitación y continua copia. José de Olmos y Manuel Chili (indio Caspicara) — siglo XVIII — logran mezclar en equilibrio artístico — Cristos recargados de golpes y de sangre; Madres Dolorosas empapadas en lágrimas y en dolor enrojecido en los párpados, en la punta de la nariz, en los labios; ángeles de éxtasis beatífico y humana ingenuidad primitivo — el profundo sentido dramático y visionario de España y la esperanza torturante de una rebeldía hasta entonces secreta del indio — crónica real e ideal a la vez del anhelo más profundo de un proceso unificador —. Con más coraje y decisión, la pintura — Miguel de Santiago en la colonia junto con Goribar y los contem-

poráneos que se inician con Camilo Egas en la República — muestran y demuestran — furia de color, de contraste, de abigarramiento, de grito, de realidades deformes — su ansia por dominar y atacar a un estado de cosas en desacuerdo, en inconformidad con el alma y con el medio.

Hemos visto que la actividad artística en todas sus formas ha tratado y trata de reconstruir el sentido íntimo de la vida en busca de una expresión de personalidad propia. Pero ese sentido íntimo y esa expresión de personalidad sólo se han vitalizado y se vitalizarán — causa y efecto al mismo tiempo — en la acción de los movimientos políticos y sociales de nuestra turbulenta historia. Es evidente que en Ecuador — como en la mayoría de los países hispanoamericanos — se ha logrado en gran parte la integración sentimental, pero la imitación y la confusión reinan aún en el terreno de las teorías y opiniones — filosóficas, sociales, políticas —. No obstante coinciden — como inspiración unas veces, como impulso otras — los momentos estelares del proceso afirmativo del mestizaje psíquico, individual, estético, con el vértigo avasallador que ha dado siempre y da ahora a los movimientos revolucionarios un ideal, una bandera para luchar y para morir. Fueron el fervor, la rebeldía, el coraje — vengarse de las instituciones que nos dio y heredamos de España por un lado, y superar al indio como lastre íntimo por otro — del cholero, lo que conmovió y unió en un afán de integración a la sociedad ecuatoriana en sus acciones renovadoras de siempre. Recordemos al cholero amotinado y reuelto de la Revolución de las Acabaldas pidiendo el exterminio de los Oidores. Recordemos al cholero del 10 de agosto de 1809 proclamando su independencia política para entregarla más tarde — falta de madurez en su integración espiritual — a la traición de curas y de marqueses. Recordemos al cholero armado de la revolución alfarista usando sus propios e inspirados medios de lucha — la montonera entre las breñas de los Andes serranos y la fronda de la manigua costeña, la sorpresa y el coraje para tomarse los cuarteles en las ciudades —, dejándose guiar con fe inquebrantable — a ratos delirante y tropical — por la acción y la voz de un hombre — caudillo que luchó treinta años —, sacando de la entraña de los problemas de su realidad y de su anhelo los ideales de su aventura revolucionaria — liberalismo de tipo cholo: paramental, abigarrado —. Y, al recordar, podremos entender e interpretar con altura y emoción a los movimientos populares de la hora presente que, por diferentes caminos — deslumbrados por haber logrado varias veces el poder burocrático unos, perseguidos y calumniados por los oligarquías y las trincas de todos los matices otros — buscan una salida de liberación económica y de unidad nacional dentro del vivificante proceso de la expresión chola. Esa marcha del pueblo ecuatoriano al cumplimiento de su destino no está sola ni se halla aislada en la historia actual de Hispanoamérica. En Colombia, en Perú, en Venezuela, en Bolivia, en Guatemala, en Cuba — luminoso e inquebrantable ejemplo de técnica e ideales profundamente hispanoamericanos, este último con su movimiento liberador del "26 de julio" y su líder Fidel Castro — y en casi todos los países hermanos — unos adelante, otros atrás —, la rebeldía de un mestizaje en juvenil edad — cholo, mulato, zambo, criollo — ha unido al pueblo de cada una de las Repúblicas en una fuerza política de tipo revolucionario — detenida momentáneamente en la mayoría de los casos por fuerzas internas negativas y por grandes intereses económicos foráneos —. Una fuerza política de tipo revolucionario — profundamente hispanoamericana en sus métodos de lucha y en sus fines políticos y sociales — que nadie podrá detenerla, y que, en su victoria, acelerará la integración de un mestizaje total — forma y espíritu —, capaz de generar vida de noble desenvolvimiento biológico, emoción de profundas raíces regionales y universales a la vez y bienestar de equilibrio económico que dignifique y libere al hombre.

# PANCHO ROJAS

Cuento de  
MANUEL ROJAS

No podría decir con seguridad a qué hora murió Pancho Rojas. Sospecho que murió al amanecer, un instante que me parece el más angustioso para morir: irse cuando nace el nuevo día, un nuevo día que uno no vivirá, debe ser más duro que irse al caer la tarde, cuando uno espera el sueño y cuando sueño y muerte se confunden.

Y no es por crueldad que me inclino a creer que murió al venir el día; la violenta posición de su cuerpo, que parecía hundido en la tierra, así me lo hizo suponer. No murió apaciblemente.

Cuando lo encontré boca abajo, sobre el pasto lleno todavía de rocío, y levanté su cabeza para mirarlo, tuve un estremecimiento: la cara estaba cubierta de pequeñas hormigas rojas, algunas de ellas amontonadas sobre los cerrados párpados, trabajando tal vez para atravesarlos y llegar a las pupilas.

Solté la cabeza, que cayó de nuevo sobre el pasto, y me enderecé. Estábamos solos, en aquel rineón, el muerto y yo. Era un día de otoño, de un otoño seco y brillante. Los primeros picaflores llegaban ya desde el sur y se les veía bailar ante los caquis maduros, hundiendo el agudo pico en la amarillenta corteza.

No sentí tristeza sino más bien

lástima o piedad, algo hondo, de todos modos. Pancho Rojas, sin ser de la familia, era considerado como uno de sus miembros. Llevaba dos años viviendo en la casa y aunque entre él y nosotros existía sólo una relación física, que es la única que suele existir entre muchos seres, esa relación era, felizmente, simpática, por lo menos para mí y para los míos. Perteneíamos, por lo demás, a mundos diferentes y esa diferencia impedía cualquiera otra aproximación.

No sabíamos de su vida anterior. ¿Dónde había nacido? ¿En qué lugares vivió sus primeros días? Nunca lo supe. Suponía, sí, que era oriundo de algún lugar de la costa central de Chile y que sus primeros días los había vivido sobre las lomas o en las quebradas, en los pantanos o en las vegas de esa región, quizá cerca de alguna laguna, como la de Cahuil, por ejemplo, o como la de Boyeruca, o en los valles que cortan por allí la cordillera de la costa.

Al mirarlo y ver su fina estampa, su cuerpo esbelto, su andar elegante, su vestimenta impecable, sentía una gran ternura: me recordaba pasados y hermosos días, mañanas de sol y de viento, amanecer con húmedas neblinas, soleado, tranquilidad, rumores, espedad, y me parecía ver, entre todo ello, a hombres que algo tenían

que ver con él, de tez morena y ojos claros, sencillos y callados, que llevaban apellidos de la tierra, pero que tanto podían parecer mapuches o changos como vascos o andaluces. Me recordaba también el canto y el vuelo de los pájaros, el grito sorpresivo y el vuelo brusco de la perdiz de mar, el quejumbroso lamento del pilpil, el vuelo rasante, sobre el agua tranquila de las lagunas, del rayador, el caminar urgente del pollito de mar. Sí. Me recordaba todo aquello, formaba parte, aun desde lejos, de todo aquello, que existía siempre, pero de lo cual él y yo nos encontrábamos separados y parte de lo cual estaba perdido para él y para mí.

Hice lo imposible por llegar a tener con él más estrechas relaciones. Nunca lo logré. Algo, muy importante, que yo no podía pasar ni derrar, nos separaba. Cada vez que intenté acercarme a él, fracasé. Se apartaba, y desde lejos, mirándome de lado, parecía decirme:

— ¿Por qué pretendes convertirme en algo tuyo? Déjame ser como soy. No quiero llegar a ser como uno de tus hijos, como tu mujer o como uno de tus zapatos, algo doméstico y manoseado. Si represento para ti la imagen de una vida libre y salvaje, déjame

ser salvaje y libre, aunque dependa de ti para subsistir y aunque a veces tengas que cortarme las alas para impedirme regresar a mi mundo.

Su ojo, rojo, me miraba, en tanto, recogida una de sus largas patas, permanecía inmóvil sobre el pasto.

Yo callaba. ¿Qué podía decirle? Callaba, sintiendo en el corazón el dolor de su reproche. Era cierto: cada dos o tres meses el jardinero lo tomaba, no sin que tuviese que correr tras él durante un largo rato, y le despuntaba las alas, soltándolo después. Era una crueldad, pero no quería perderlo. Me gustaba mirarlo y lo miraba durante horas enteras, observando sus movimientos, contemplando y admirando su desenvoltura, su soledad, su orgullosa independencia. Me lo había regalado un amigo:

—A ti te gustan los pájaros —me dijo—; a mí también, pero a mí gente le molesta el grito que da éste. Te lo regalo.

Había sido un regalo, pues. Un regalo de un amigo estimado que regala algo estimable también: un pájaro, un pájaro que llegó a ser para mí una vertiente inagotable de recuerdos. Allá, en los lugares en que nací, en los alrededores de Buenos Aires, también lo había, aunque era llamado por otro nombre. Desde niño escuché su grito y lo vi volar sobre los campos de mi ciudad natal y de Rosario, de Mendoza, de Córdoba y, ya hombre, a lo largo de la costa central de Chile, en los potreros, en los pantanos y en las vegas del valle central, en la laguna de Cahuil, en las lomas marítimas de Valparaíso y Colchagua, y su grito, que tenía la virtud de volverme inmediatamente al pasado, me recordaba todo lo que en esos lugares había yo visto, admirado y amado. ¿Cómo resignarme a perderlo? En ocasiones, aun a costa de sus sentimientos y a trueque de parecer falto de piedad, el hombre no se decide a perder o abandonar lo que ama o lo que admira.

El no veía nada en mí —si es que un pájaro puede llegar a ver

algo en un hombre—; yo no era elegante ni independiente, no era tampoco hermoso ni representaba un mundo que valiera algo para él. Me desconocía. Yo, en cambio, lo conocía, conocía sus costumbres, su carácter, sus movimientos, esa rápida carrerita, ese casi imperceptible encogerse de hombros, un movimiento como de desconfianza o tal vez como de displicencia, movimiento que hace decir a los argentinos, al encontrarse ante un hombre que quiere evitar un problema o sacar el cuerpo a una responsabilidad: “No me venga con agachadas de tero.” Sabía la artimaña a que recurre para evitar que los intrusos descubran su nido, artimaña que inspiró a José Hernández los famosos versos:

*“De los males que sufrimos  
hablan mucho los puebleros,  
pero hacen como los teros  
para esconder sus niditos:  
en un lao pega los gritos  
y en otro tiene los güevos.”*

Pancho Rojas estaba incorporado a la sabiduría popular y a la poesía epopéyica. Valía, pues, más que yo, modesto empleado público, de quien nadie diría jamás nada, mucho menos un poeta. Sí, lo conocía. Terutero en Argentina, queltehue en Chile, quero en Brasil, en todas partes era igual, conocido y famoso aquí y allá. Mi hija mayor lo bautizó:

—¿Cómo lo llamaremos? —me preguntó, cuando lo solté sobre el pasto, en el jardín, y lo vimos alejarse, un poco agarratadas las finas patas, luego de sacudir las alas, quizá para librarlas del pesado recuerdo de mis manos.

—Ponle el nombre que gustes —contesté.

—Me gusta Francisco —dijo, mirando al pájaro, que nos miraba de lado con sus ojos color carmesí.

—Me parece bien: mi abuelo se llamaba Francisco y ése es también mi segundo nombre.

—Pancho Rojas, entonces, papá.

—Hecho: Pancho Rojas.

No sólo Hernández había ha-

blado de él. Otros, Hudson entre ellos, que lo observó en libertad y describió sus juegos, sus marchas y pasiones, también lo habían hecho. Era un pájaro con historia en manos de una familia anodina.

Y ahora estaba muerto. En ocasiones, para hacérmele grato, le buscaba algunas lombrices, hurgando con una palita la tierra más húmeda y más sombría del jardín. Me costaba mucho hallarlas y, por fin, cuando tenía cinco o seis, las ponía sobre un papel y se las arrimaba. Desconfiado, no se acercaba hasta que yo, que conocía su desconfianza, me alejaba unos pasos. Entonces se aproximaba al papel y en un segundo, en un abrir y cerrar de ojos, las devoraba. Una vez, mientras intentaba arreglar un artefacto de la casa, abrí la cámara en que estaba la llave maestra del agua: había allí decenas de chanchitos de tierra, gordos, relucientes.

—¡Qué banquete para Pancho Rojas! —pensé.

Los saqué todos y se los llevé. Los comió con la rapidez con que una gallina hambrienta come el maíz que se le arroja al suelo. Fue un píoteo vertiginoso; no se le escapó uno solo.

Después de procurarle esos atracones pensaba que tendría o sentiría algún agradecimiento hacia mí y que, en consecuencia, me dejaría acercarme a él y quizá me permitiría tomarlo y acariciarlo. No, señor. Se retiraba como siempre. Levantaba una pata y me miraba con su ojo rojo, alzando al mismo tiempo su copete.

—No —parecía decirme—. Me has dado de comer y te lo agradezco, pero no quieras aprovecharte de ello para convertirme en lo que no quiero ser. Si quieres algo doméstico, búscate un perro.

Concluí por acostumbrarme a su independencia y se la respeté, pero no me decidí a soltarlo. Ahí estaba mi debilidad. Mirándolo y reflexionando sobre su conducta y la mía, llegué a pensar que los hombres cometen una crueldad al

obligar a la mansedumbre, a la domesticidad y a veces a la servidumbre a aquéllos a quienes alimentan o favorecen. La piedad y la caridad no son generosas, pensaba. Exigen más de lo que dan: unas lombrices a cambio de la domesticidad; un poco de sopa a cambio del sometimiento a nuestras ideas, a nuestras creencias o a nuestras costumbres.

El queltehue, felizmente, Pancho Rojas, no era un ser humano y vivió y murió como deberían vivir y morir todos los animales y todos los seres humanos: libremente y sin sometimientos.

Era preciso enterrarlo en alguna parte del jardín, pero no debía hacerlo yo; debían hacerlo los niños, que estaban más cerca que yo del pájaro, libres, un poco salvajes aún, aunque no tanto como Pancho Rojas: mi paternidad ya los había mansoseado un poco. Hubo una conferencia.

—Lo enterraremos en el jardín. —Es claro. ¿Lo pondremos en una cajita?

—No. Mejor sin caja. —¿Y qué le pondremos encima? ¿Una cruz?

—No. Una cruz no significa nada para un pájaro.

—Así suelto, entonces. En la pura tierra, sin caja ni cruz. —Le pondremos unas flores.

—Pero no muy finas. Unos cardenales.

—¿Y debajo de qué árbol lo enterraremos?

—¡Debajo del maitén!

—Bien; debajo del maitén.

Allí quedó, bajo tierra, con unos cardenales y unos alielies encima, unos alielies tardíos, rojos como sus pupilas. “Aquí yace Pancho Rojas, el queltehue”, decía el cartoncito que los niños pusieron sobre su tumba, atado a una varilla. Pero el letrero duró poco: el jardinero, en la primera regada, barrío con papel y varilla. Mejor. No venía bien, sobre la tumba de un ser libre y salvaje, una flor ni un papel, mucho menos un epitafio. Pancho Rojas valía más por lo que era que por lo que se podía decir de él.

EE. UU.

Y  
LA

COMPETENCIA

ECONOMICA

por

K. S. KAROL

Derechos de exclusividad adquiridos a  
PRENSA LATINA

¿En qué posición se hallan los Estados Unidos en el instante en que Oriente y Occidente se prestan a resolver sus diferencias a través de la competencia económica? Es éste uno de los problemas más importantes de la actualidad.

La primera impresión del extranjero que visita los Estados Unidos es que la opinión pública norteamericana aún no tiene conciencia exacta de la importancia del reto soviético. El anticomunismo y el antisovietismo absolutos fueron en los Estados Unidos una doctrina tan sim-

plista y total como ciertos dogmas de determinada época del stalinismo. La radio, la prensa, la televisión y el cine explicaron durante años que el comunismo era una mera conspiración nacida del cerebro enfermizo de Lenin, que se proponía someter al mundo entero por medios subversivos o militares. De súbito, por una invitación —no muy bien comprendida por el pueblo— del presidente de la República, Krushchov apareció ante los norteamericanos y lanzó las siguientes palabras a los mayores jefes del capitalismo: “Somos demasiado fuertes para pelear. Nunca quisimos la guerra, pero en la competencia pacífica, los comunistas somos los más fuertes y eficaces, porque planificamos y dirigimos nuestra economía. Pronto alcanzaremos y sobrepasaremos el índice norteamericano de producción per cápita. Al dejarlos atrás les haremos un saludo con la mano: ‘Adiós, capitalistas. ¡Vean qué bien se vive en la Unión Soviética!’”

El norteamericano medio, convencido de la inigualable eficacia de su sistema económico, hubiera considerado esas palabras como una mera maniobra táctica si no estuvieran avaladas por estadísticas reveladoras sobre el desarrollo económico de la Unión Soviética y si los sputniks y luniks no confirmaran su veracidad.

Si pensamos que los Estados Unidos comenzaron su industrialización después de la guerra de secesión (1863) y se convirtieron en menos de un siglo en la primera potencia industrial del mundo, con una producción que equivale a más de la mitad de la producción mundial (incluida la Unión Soviética), comprenderemos que los norteamericanos se sientan orgullosos. Pero siempre es peligroso dormirse sobre los laureles y subestimar las realizaciones ajenas. Krushchov se los recordó brutalmente.

Los economistas norteamericanos se muestran optimistas en cuanto a las posibilidades de orientar su economía de guerra hacia la producción pacífica sin correr el riesgo de una crisis de grandes proporciones. Pero no están tan seguros de poder garantizar que la economía norteamericana alcanzará un ritmo de crecimiento parecido al de su rival soviético. Admiten, por último, que la distancia que actualmente separa a ambos países tenderá a reducirse en el porvenir. ¿De dónde procede tal pesimismo?

El 4 de marzo de 1929, el presidente Herbert Hoover declaró solemnemente a la nación norteamericana: “La pobreza ha desaparecido definitivamente de nuestro suelo”. Pocos meses después, millones y millones de norteamericanos se veían arruinados por la gran





# UN ANTISEMITISMO SIN JUDIOS

Derechos de exclusividad adquiridos a  
PRENSA LATINA

Desde 1949, se producen todos los años manifestaciones de "neonazismo" y antisemitismo en Alemania Occidental: profanación de tumbas judías y de sinagogas, golpeamiento —ante la mirada complaciente de la policía— de tenderos y comerciantes hebreos, cartas amenazantes o injuriosas.

La ola antisemita que comenzó el 24 de diciembre pasado en Colonia no reviste una amplitud excepcional. Sin embargo, por primera vez, el gobierno de Bonn se inquietó por el asunto (después de una tentativa fracasada de atribuir las "cruces gamadas" a "provocadores comunistas"), y su preocupación repercutió de manera creciente en el extranjero.

¿Representa el neonazismo un peligro para Alemania y para el resto del mundo? ¿Cuál es su potencia y su significación?

Ante todo, hay que reconocer que la "desnazificación" fracasó en Alemania Occidental: dos de sus actuales ministros (el del Interior y el de los Refugiados) militaron activamente en organizaciones nazis. Uno de los colaboradores más íntimos de Adenauer (Herr Globke) elaboró la jurisprudencia racista del Tercer Reich.

El aparato judicial de la República Federal Alemana mantiene en funciones a varios centenares de jueces que proceden de la etapa de Hitler y unos cien de ellos dictaron sentencias sumarias de muerte como presidentes de los "Tribunales Populares".

## LA GUERRA FRIA

La policía cuenta con más de un millar de antijudíos nazis en puestos res-

ponsables. Al frente de los policías municipales de Dortmund, Bonn, Colonia, Essen, Gelsenkirchen, y Aquisgrán, etc., se encuentran antiguos miembros de la S.S.

... Unos cien oficiales superiores de la Bundeswehr —el ejército alemán— sirvieron en la antigua Wehrmacht (el ejército alemán de Hitler) y la mayoría de los diplomáticos de Bonn provienen de la época de Ribbentrop. Por último, en el magisterio hay una tercera parte de antiguos nazis.

La lista puede parecer impresionante. Sin embargo, el fracaso de la "desnazificación" no es imputable sólo a los propios alemanes; se trata, en gran medida, de un resultado de la guerra fría, que hizo pensar a muchos alemanes que los aliados occidentales "se equivocaron de enemigo" durante la última guerra, que el principal adversario era el comunismo y que, "en el fondo", Hitler no estuvo totalmente errado y quienes le siguieron no son del todo condenables.

La guerra fría volvió a colocar en sus puestos a los especialistas del Tercer Reich. Una vez instalados en los cargos decisivos del aparato administrativo, esos especialistas se pusieron a conspirar. ¿Para restaurar el hitlerismo? No, su conspiración tiene objetivos más modestos: mantener antiguos privilegios, socorrer y buscar empleo a viejos camaradas, librar de la justicia a los criminales de guerra.

En suma, su solidaridad se basa en la ayuda mutua y su política se limita a la organización del personal administrativo (reclutamiento, promoción, etc.).

La guerra fría impidió también la renovación radical de la sociedad alemana. El régimen actual no ha sido nunca dueño de su propia política. Fue establecido, financiado y sostenido por los Estados Unidos en virtud de necesidades estratégicas y después enrolado en la política del bloque atlántico. No es una expresión de la voluntad popular sino en la medida en que refleja ante el pueblo alemán la impotencia de éste frente a los bloques que se disputan el mundo y la imposibilidad de una política propiamente alemana. Votar por tal régimen era votar por la protección norteamericana, que procuraba seguridad y bienestar material; pero también implicaba renunciar a la tarea de decidir el destino de Alemania.

Los alemanes no podían elegir libremente: de cualquier modo, su destino se decidía fuera de Alemania. Así pagaban su derrota.

En tales condiciones, el régimen de Bonn no podía producir una ideología nueva ni movilizar el entusiasmo popular hacia sus objetivos. Representante de una nación desmembrada y de-

pendiente, no tenía grandes ideales que ofrecer a la juventud. Por consiguiente, parte de la juventud se propuso buscarlos por otros caminos.

## UN SUCEDANEO DE IDEOLOGIA

La juventud se sintió atraída por el nazismo, sobre todo porque el nuevo régimen no se ocupó de ilustrarla sobre la naturaleza y los crímenes del Tercer Reich. En 1949, el manual de historia ("Lebende Vergangenheit", "Pasado Viviente") dedicada tres de sus 160 páginas a Hitler y a la persecución de los judíos, y la edición de 1958 sólo contiene 13 líneas sobre el tema. No menciona los campos de concentración y la única referencia a los crímenes de guerra nazis surge en relación con los procesos de Nuremberg. Veamos lo que dice el manual: "El pueblo alemán mantiene una actitud crítica respecto a los procesos, pues está convencido de que muchos sentencias fueron injustas, ya que los jueces y fiscales se encontraban aún bajo la influencia de una propaganda presidida por el odio."

Además, los padres y maestros no querían ponerse en tela de juicio al denunciar un pasado al que estuvieron asociados. Todo esto trae como resultado que una parte considerable de la juventud se haga una idea "más bien favorable" de la etapa de Hitler. Por amor a la aventura, nostalgia de una comunidad que no les ofrece la sociedad actual y repugnancia hacia el conformismo asfixiante que imponen el clero y la burguesía alemanes, muchos jóvenes prestan atención sólo al aspecto "heroico" y "glorioso" del pasado. Muchos movimientos juveniles —del tipo de la organización fascista francesa "Jeune Nation" (Joven Nación)— se proponen "pasar la antorcha". Según evaluaciones dudosas, entre 10.000 y 50.000 adolescentes militan en esos grupos. ¿Podrá extenderse ese movimiento? Para saberlo, examinemos el programa de las formaciones neonazis. Proclaman ante todo un objetivo sagrado: el restablecimiento de las fronteras de 1939, lo que implica la voluntad de luchar contra la Unión Soviética. Pero tal guerra parece imposible por mucho tiempo. Habría que prepararla durante largos años. Para esto, es necesario devolver a Alemania su libertad de movimientos. Y para restaurarle esta libertad, hay que desembarazarse de Adenauer y los norteamericanos.

En otros términos, el objetivo principal es la independencia política de Alemania y el camino que conduce a ella es el neutralismo. Pero la neutralización de Alemania es imposible sin la ayuda soviética. Por tanto, los neo-

nazis, antisoviéticos en sus objetivos, son prosoviéticos en su táctica. Como antes Ribbentrop, los neonazis quieren entenderse primero con la Unión Soviética para después destruirla. Ahora bien, para llegar a un acuerdo con los rusos, habría que abandonar las reivindicaciones territoriales.

Tales contradicciones entre la táctica y la estrategia, difíciles de explicar al militante de base (muchos de los cuales son refugiados del Este) determinan que el neonazismo no resulte seductor por su programa. ¿Qué puede hacer en estas condiciones? Sólo le queda un camino: el antisemitismo. Como no puede movilizar el entusiasmo hacia sus fines ni contra la Unión Soviética, lo orienta contra los judíos. Sólo el antisemitismo, sucedáneo de ideología, es capaz de reafirmar la unidad y la comunión mística de la raza germánica contra Adenauer, los Estados Unidos, la Iglesia y el bolchevismo ("judío", desde luego).

## EL UNICO LAZO

Para colmo de desgracias, el antisemitismo neonazi no tiene ya judíos a quienes atacar. El Tercer Reich los redujo de 600.000 a 30.000. Se trata,

casi siempre, de personas viejas. No queda ni un solo judío en la Banca ni en la gran industria.

Todas las grandes empresas del Ruhr han resucitado, menos la única que era judía. Los mismos jóvenes que pintan las cruces gamadas confiesan no haber visto nunca a un judío; en muchas de las localidades en que se han manifestado no hay ni un solo judío. Han tenido que limitarse a profanar tumbos.

El antisemitismo, único lazo entre los grupos de antiguos y nuevos nazis, se encuentra reducido a poca cosa: es un antisemitismo sin "juzeit", un ritual sin contenido, una tentativa mágica para resucitar —mediante invocaciones que no tienen ya ningún sentido— la "grandeza pasada"; es la expresión de una nostalgia.

Por lo menos en Alemania, los neonazis —jóvenes y viejos— son meros supervivientes. Su porvenir queda detrás de ellos. Carentes de judíos a quienes atacar, su antisemitismo no tiene la dimensión antipolítica vigente en otros países (en especial en el "poujadismo" francés) que les permitió atraer, hace treinta años, a las masas pequeñas y burguesas e incluso a una parte de los obreros alemanes.

Ahora Alemania no tiene judíos y tampoco desempleados; los negocios están mejor que nunca y no hay descontento profundo, sólo malestar. La gran industria está llena de capital norteamericano y se dispone a conquistar los mercados de África y el Mercado Común Europeo. Lejos de pensar en aventuras o conquistas militares, la burguesía alemana teme cualquier cambio en el "statu quo".

El neonazismo es —por lo menos en Alemania— una mera agitación en la superficie de una sociedad cuyo porvenir se orienta por otros caminos, la manifestación de una nostalgia sin fines ni medios. Agitaciones de ese género se producen en todas las sociedades estabilizadas en el bienestar material y el aburrimiento: en Dinamarca y en Suecia, donde la "Internacional Fascista" (presidida por el francés Charles Lucas) tiene una de sus centrales más poderosas. Sin embargo, nadie se alarma —lo que constituye un error— por tales ramificaciones. Se presta tanta atención al neonazismo alemán a causa de lo que recuerda y no de las amenazas que anuncia (y que, en realidad, proceden de otras partes).

MICHEL BOSQUET

# E L E S T O M A G O

Viejito, en Buenos Aires hay cualquier clase de trabajo. Trabajo para vivos, trabajo para sonso. Todo es cuestión de estómago.

Aunque usted me vea rubio, yo también soy provinciano. Claro que ya tengo mi campaña en la Reina del Plata: ganador en algunas, "no placé" en la mayoría.

Justo en estos barrios, cerca de las grandes estaciones de ferrocarril, es donde el ambiente se pone más espeso. Si usted se viene con tiempo, a tomar un café y a mirar la gilda, seguro que va a ver más de un trabajador raro. Es que aquí en Once, o en Retiro, Lacroze o Constitución la ciudad empieza... ¿Cómo le diría? ... empieza a hacer la digestión de tanta gente que le va llegando.

Para que vea, le voy a contar un laburo especial, de esos que no salen en los avisos de los diarios.

Me lo trajo un amigo al que llamamos el Negro. Tipo derecho y vinculado con los pees gordos. Hace trabajos para ellos, y en algunos me ha dado calce.

"Mirá rubio —me dijo—, lo estuve pensando y viene al pelo pa'vos. Recién afeitado nadie te da-

Cuento de  
ORSE

ría más de veinticinco años, y con tu mejor traje la vas de niño bien ante cualquiera... Pájuerana y recién caidita a Buenos aires: ¡papita pal loro! Seguro que entra como por un tubo..."

No le voy a decir que el trabajo me entusiasma, pero el Negro es de fierro para el toco y yo venía de patinar feo en Palermo. El estómago manda che, y agarré viaje.

Fuimos varias veces a campanear el terreno. En la segunda el Negro se encontró con un amigo, gordo y pelado: "Querido, tanto tiempo... ¡Pero cómo se te han volado las chapas!"

El pelao se rió con ganas. El Negro me lo presentó; Suárez..., creo que se llamaba. Cuando nos alejamos me dijo el Negro, con esa cancha que tiene y como si hablara de otra cosa: "Este es uno de los tiras... ya lo hemos tocado."

El asunto era en una de las estaciones de Retiro, a la llegada de los trenes de afuera. Hacía ya algunos años que yo no veía eso, usted debe tener el recuerdo más fresco: "cabecitas negras" que esperan, "cabecitas negras" que llegan... los purretes de a montones, los bultos y las valijas que se alcanzan desde las ventanillas... los saludos en guaraní, los abrazos... y las muchachas solas, con una valija y en la otra mano un papel, donde traen anotado el nombre de su futura patrona...

Una tarde, en el café, el Negro levantó las cintas: "Esta noche está el pelao, afeitate..."

Me llevó en un auto bacán. Tuvimos que dar unas vueltas porque el tren venía más atrasado de lo que dijeran al principio. Al fin llegó, y la gente que esperaba, comenzó a caminar hacia el final del andén. Me fui mezclando con ellos; la mayoría eran "cabecitas", pero había algunas señoras muy bien vestidas que seguro esperaban siervas... Todos iban empujándose, como para ver más pronto a los que llegaban. Los pibes se perdían entre las piernas.

Cuando se encontraron, viejo, fue un mareo. Como la locomotora bufaba, ellos, para oírse gritaban. Cada encuentro era un remolino de abrazos, de valijas y paquetes. Yo, que iba a la pesca, no perdía detalle. Una gordita se me escapó por dos metros... se cruzó justo la patrona que la esperaba con un hijo, leyeron el papelito y se dieron la mano ceremoniosamente. El hijo, un "nene" con saco azul y pantalón gris de franela, se relamía mirando la carne que le llegaba del norte...

Entonces la vi, sola, con una valijita de cartón en una mano y un papelito en la otra. La cara puro ojos, por el miedo, y los labios gruesos temblando. Morocha, peloduro, no fea... Es difícil acertarle la edad a estas muchachas, pero esa no tendría veinte años... Nos quedamos mirándonos, y usted no querrá creermelo: ¡ella me alargó el papel!... Yo leí cualquier cosa y le dije: "Sí, es el nombre de mamá. Ella no pudo llegarse y me pidió que viniera a buscarla..."

Salimos, yo adelante con la valija. En esas vi al pelado, estaba con otro de bigote. Sentí un escalofrío en la espalda y apuré el paso. Oí que ella trotaba detrás mío, como un perrito.

Al fin llegamos al auto. El Negro firme en el volante, y la puerta de atrás entreabierta. Sentía que los tiras nos estaban mirando. Sin darme vuelta la esperé y la ayudé a subir.

En el viaje casi no hablamos. La muchacha seguía asustada y, no sé bien por qué, yo dije: "Mamá se va alegrar, tenía miedo de que no la encontrara..."

Me pareció que el Negro daba vuelta la cabeza extraño, pero yo estaba pensando en mi vieja, la verdadera, que quería que su hijo estudiara para doctor... Si la pobre pudiera verme, como dice el tango: "se moría nuevamente, de vergüenza e indignación"... El recuerdo del tango me causaba gracia, pero no estaba contento.

—¿Cómo te llamás?

—Me dicen Guihíri, pero me llamo Ruperta...

—¿Cómo te dicen?...

—Guihíri...

—¿Y qué quiere decir eso?

—No sé...

—Y vos, ¿qué nombre preferís?

—¿Ruperta! —dicho con seguridad, como si nadie pudiera dudar de que aquel nombre era el más lindo del mundo.

Me sonreí. En lo oscuro del auto, ella mostraba también una ancha boca sonriente.

—¿Cuánto duró el viaje en tren?

—Tres días, señor...

Algo vino a mi memoria y empecé a buscar en los bolsillos:

—Tomá... es chocolate.

El Negro me miró de reojo.

—Gracias —dijo ella, y comenzó a comer con ganas.

El estómago, viejo, el estómago.

No, no tenga miedo che, no le voy a contar un tango. Le estoy explicando un trabajo.

Se la entregamos a ellos, allá por Palermo y nos vinimos para el Once.

Al otro día el Negro me llamó a su mesa y me dio tres fragatas:

—Buen trabajo, rubio. Quedaron contentos con la mina...

Terminamos las copas y él dijo con intención:

—¿Repetimos, rubio?...

Me señalé la cocina y le contesté:

—No. Suficiente, Negro... me falla el estómago...

Me miró con extrañeza, aunque algo vendría maliciando desde el viaje a Palermo. Encogió los hombros... y cuando yo digo que tiene clase el Negro: ¡nunca más me volvió a mencionar ese laburo!

# EL CAPITAL HUMANO

por

Jorge Zalamea

Derechos adquiridos a PRENSA LATINA

Al común problema de la escasez de capitales propios para la industrialización de nuestros países y el consecuente pleno empleo, los economistas latinoamericanos proponen diversas diversas fórmulas: una nueva estructura de los presupuestos nacionales; mayores estímulos al capital criollo; más amplias inversiones del capital foráneo, y el fomento de una "mística de la producción".

## "FACTORES DE PODER"

Si es verdad que el presupuesto de una nación es la única expresión real y válida de la política de su gobierno, tendremos que convenir en que una nueva estructura presupuestal sólo puede ser la consecuencia de una revisión a fondo de las estructuras políticas. Ahora bien: de una manera general, es evidente que la gran mayoría de nuestros países está gobernada por oligarquías que se apoyan casi exclusivamente en el ejército, en la iglesia y en la gran burguesía. Y que, en lo internacional, forman parte del llamado bloque occidental. Todo lo cual quiere decir llanamente que los intereses de la enorme mayoría de nuestras poblaciones está supeditada a las conveniencias de la minoría, que cuenta con los "factores de poder".

Sin el beneplácito de las fuerzas armadas y la aprobación del "gran aliado", nunca será posible trasladar a los presupuestos de educación, sanidad y fomento las sumas inútilmente gastadas en armamentos desuetos y en el manteni-

miento de excesivos contingentes militares que, cuando no gobiernan por sí mismos o sirven de escudo a la dictadura, no tienen otra misión que la de preservar el *statu quo* social.

Sin la aprobación eclesiástica, jamás será factible una reforma de la educación que haga de nuestras masas ignoras las brigadas de trabajo altamente calificadas y de nuestras universidades los centros de investigación y creación científica que corresponden a la edad atómica.

Sin la adquisición de la oligarquía financiera, será utópico pretender dar a los presupuestos la orientación social necesaria para hacer del desarrollo económico y cultural de cada país un propósito nacional en cuya realización participen, con idéntico entusiasmo, con "mística" si se quiere, todas las clases sociales.

De este modo, la sensata recomendación de reestructurar los presupuestos nacionales carece de sentido práctico o es incompleta.

## CAPITALISMO DE DENTRO Y DE FUERA

No es menos sana la propuesta de estimular al capital criollo. Pero, dentro de las actuales estructuras políticas, esos estímulos, al crearse sin adecuados factores de equilibrio, equivaldrían a propiciar más aún la ya acelerada concentración capitalista, la creación de nuevos privilegios y la paralela y fatal depauperación de las grandes masas.

En el fondo, la recomendación más insistente y la que encuentra más partidarios entre las clases rectoras es la de buscar el aumento del capital foráneo. Esta actitud es consecuente con la creencia que practicaron siempre esas clases de que nuestros problemas económicos sólo podían encontrar su solución fuera de las fronteras. Por esta falsa creencia, se cayó en el monocultivo de frutos de exportación; se planearon y construyeron las escasas vías de comunicación hacia los puertos marítimos; se descuidó la creación y ampliación del mercado interno; se concedieron a empresas extranjeras la prospección, producción y distribución de los recursos minerales y la explotación de servicios tales como alumbrado, teléfonos, servicio de transportes urbanos y marítimos, frigoríficos, etc. Y se amplía ahora la participación extranjera en el comercio al detalle, en la industria hotelera y el turismo, en la enseñanza, en las publicaciones periódicas y en otras varias actividades que antes tuvieron un carácter exclusivamente nacional.

Esta tendencia a buscar en el exterior la solución de los problemas internos, se ha sentido ampliamente estimulada en los últimos años por la clasificación que se nos ha dado de países "subdesarrollados" y por la llamada política de

"ayuda". Con cierta morbosa complacencia hemos aceptado la clasificación y fundado en la ayuda nuestras mejores esperanzas. Pero lo cierto es que, hasta el presente, esa ayuda sólo funciona en el terreno militar en donde, por un pernicioso engranaje, la "colaboración" que se recibe multiplica los propios gastos militares, con beneficio exclusivo de la casta y detrimento de las instituciones democráticas.

Por otra parte, la escasa ayuda que se presta para el desarrollo económico se condiciona de tal manera a que no desmboque en la creación de industrias básicas, premisa indispensable para salir de aquella clasificación a que ya hicimos referencia.

## LA MISTICA DE LA PRODUCCION

Queda por ver la última recomendación de nuestros economistas: suscitar una "mística de la producción".

Puede que aquí esté la almendra del problema. Pues si es cierto que la América Latina carece de los capitales financieros indispensables para obtener un desarrollo armónico y estable, no es menos verdad que tiene un inmenso capital humano que jamás ha sido movilizad y utilizado con un criterio sensato, justo y conforme a las necesidades de cada pueblo.

Quienes se alarman del ritmo de crecimiento de nuestra población, olvidan que cada boca nueva viene acompañada por dos brazos nuevos. O, para ser más exactos, no quieren buscar para esos brazos nuevos un empleo y un trato diferentes a los que invariablemente, desde la época de la Colonia, han dado las clases dirigentes a la mano de obra.

En 1960 hay centenares de miles de mineros que ganan un dólar diario por jornada, no ya de ocho, sino de diez horas, porque el traslado al lugar de trabajo y el regreso al hogar supone dos horas complementarias pero no pagadas. Y la mayoría de esos mineros devuelve a las empresas buena parte de sus salarios en forma de pago de alquileres y servicios, pues las empresas son, a la vez, propietarias de las casas, almacenes, tabernas, espectáculos y trasportes de la población en que viven los trabajadores. En nuestra actualidad, hay todavía decenas de millones de peones indígenas que reciben un jornal de medio dólar, pagadero en gran parte en hojas de coca y en alcohol. En todas partes y en todas las actividades, el alquiler del trabajo se hace en forma tal que el analfabetismo, la salud precaria y la presión de la miseria se conviertan en factores favorables para el contra-

tista. Y cuando, como en el caso del obrero urbano e industrial, sus organizaciones sindicales y su mayor conciencia política le permiten obtener ciertas concesiones, el alza automática de los precios le hurta con diligencia los beneficios lenta y difícilmente obtenidos. No hay para qué agregar que todas nuestras estructuras políticas están montadas para mantener esta situación y que esas estructuras cuentan con el apoyo de los llamados órganos de opinión.

Mientras el alquiler del trabajo no tenga otro sentido que el de una forma desesperada de supervivencia, no es concebible ninguna "mística de la producción". Para que ésta pueda producirse es menester que el trabajo adquiera otro significado para los brazos del hombre: un significado de creación que lo redima del complejo de necesidad; un significado de trascendencia que lo haga sentirse partícipe activo de una construcción colectiva, nacional.

## UNA OBRA COLECTIVA

El obrero que vive en un inmundito tugurio, que no puede alimentar adecuadamente a su familia, que carece de escuelas para sus hijos, que no sabe qué hacer con el día de reposo, que espera la enfermedad más leve como una catástrofe, ¿podría sentirse movido por la mística de la producción con sólo leer las cotizaciones de Bolsa que expresan el alza de las acciones de la empresa en la cual trabaja, la cuantía de sus dividendos y la proliferación de sus capitales?

Las razas indígenas que crearon las maravillas de Teotihuacán, Tenochtitlán, Palenque, Uxmal, Chichén-Itza, Copán, San Agustín, el Cuzco, Machu-pichu; las huestes mestizas que hicieron la Independencia; los gentes de todo color y condición que crearon a Buenos Aires, Sao Paulo, Río de Janeiro, Santiago, Lima, Caracas, La Habana, Ciudad de México; los peones agrícolas que dan al mercado mundial una apreciable cuota de víveres y materias primas; los obreros y mineros que han hecho posible la primera etapa de la industrialización latinoamericana, no constituyen un lote desdeñable ni inferior de la gran raza humana.

Ahí están, formando una masa de cerca de doscientos millones, concientes de su dura vida y cada día más decididos a mejorarla. El flujo de la historia no se detiene en las playas de nuestra América. En la edad atómica no pueden perdurar en parte alguna del mundo, las condiciones económico-sociales que hace ya más de un siglo resultaron insoportables para otros pueblos.

escribe ELIAS SEMAN

# APUNTES SOBRE EL EL CARACTER DEL ESTADO Y EL ACCESO AL PODER

## I. — EL LIBERALISMO

El liberalismo supone la organización de la sociedad burguesa, acorde con el orden natural y regida por la ley de la razón universal. Así entendió su estructura económica, derivada del principio de "la lucha por la vida" y amparada por un Estado cuya principal virtud era la misión: "dejar hacer, dejar pasar". Y del mismo modo, sintetizó con el mito de la "voluntad general" de los ciudadanos, el gobierno político en el Estado demo-liberal.

El marxismo vino a reemplazar esta idilica armonía de la naturaleza y de la razón por la realidad de la lucha de clases y de las contradicciones sociales, en las que halló el origen del Estado como instrumento de dominación. Ha demostrado que el régimen liberal es una etapa transitoria en el desarrollo social, ligado indisolublemente a la juventud del capitalismo. Y ha puesto de manifiesto también que la ideología liberal es portadora de una libertad históricamente limitada a las clases que detentan el poder, y que lleva en su seno la esclavitud de los que sin ser propietarios de las cosas son poseídos como cosas.

De este modo, mientras para los liberales de la gran revolución el régimen político de la burguesía se definía ayer en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, y en nombre de "los valores de la civilización occidental" para los liberales de la contrarrevolución, para el socialismo consecuente, en una definición más prosaica y menos metafísica, la democracia liberal es la democracia de los propietarios. Si la democracia griega fue la democracia de los esclavistas, no pierde el carácter de tal la moderna democracia capitalista, porque haya consagrado "la igualdad de los hombres ante una ley desigual" (1).

De acuerdo con estas ideas, el Estado liberal, con sus formas parlamentarias, es la organización política que representó los intereses generales de la humanidad contra el feudalismo, y que encarna los intereses de la burguesía contra el proletariado. Ya el Estado que surge de la Revolución Francesa lleva en su ideología y en su constitucionalismo los elementos que nos permiten rastrear el Estado que en el 48 enfrentó

al proletariado supliendo la teoría de los derechos individuales por la aplicación del estado de sitio; que en el 70 prefirió tratar con el enemigo extranjero, antes que con el obrero francés; y que durante la invasión eligió la bota prusiana, frente a la perspectiva de Blum y de Thorez. Así se manifestaba históricamente el Estado de la burguesía, como un Estado de clase, que ya en el 89 excluía a los obreros de las asambleas de contribuyentes que elegían a los diputados, lo que podía afirmar con Voltaire: "Es inevitable que la mayoría sea pobre; sólo es necesario que no sea miserable."

## II. — La SOCIAL-DEMOCRACIA Y EL ESTADO PARLAMENTARIO

Esta concepción marxista del Estado, compartida por los socialistas a partir del *Manifiesto Comunista*, comienza a sufrir el fuego concentrado de las tendencias reformistas y revisionistas, a fines del siglo XIX y comienzos del actual. Entonces comenzó a ganar terreno en la social-democracia europea la concepción de la democracia parlamentaria, como una forma política insuperable colocada por encima de las clases, y convertida en la encarnación de una idea moral. En los marcos de esta forma y sin el enfrentamiento del proletariado al poder del Estado, se confiaba en llegar al socialismo, por el logro de la mayoría mediante el sufragio universal. Así el Estado dejó de entenderse como la expresión formal de gobierno de la ciudadanía, y el instrumento real del dominio de clase, para transformarse en una forma sin contenido concreto, que servía a la burguesía tanto como al proletariado.

Este desarrollo e incremento de las tendencias reformistas tenía su base real en la situación de las clases trabajadoras europeas, merced al desarrollo del imperialismo en el mundo. Tuvo su expresión más audaz en Bernard Shaw cuando, desde la sociedad fabiana y a comienzos del siglo XX, aplaudió la guerra contra los boers, y afirmó la identidad de intereses de la clase obrera inglesa y de la clase gobernante, en la misión civilizadora de los pueblos primitivos. (2)

Kautsky señaló en 1902 las condiciones objetivas de estas tendencias: "En tanto la industria inglesa dominó el mercado mundial, los obreros ingleses pudieron convenir con sus capitalistas en que la de vivir y dejar vivir es la mejor política. Eso terminó tan pronto como competidores iguales y aun a menudo superiores, aparecieron en el mercado mundial bajo la forma de Alemania y Norte-

# EL SOCIALISMO: ALTERNATIVA NACIONAL

por

Pablo Giussani

américa. Ahora empieza de nuevo en Inglaterra también la lucha contra los sindicatos, que se hace más intensa en proporción a la agudeza de la competencia entre estas grandes potencia industriales." (3)

El desarrollo del capitalismo imperialista, permitió a las clases obreras europeas convertirse en usufructuarias del "progreso capitalista". Sobre estos supuestos consideró el reformismo que la tesis de la pauperización y el derrocamiento del Estado capitalista por el proletariado podían ingresar al museo de la teoría socialista. Conmovido por el desarrollo del sufragio universal y de los gobiernos constitucionales, ignoró la realidad de la lucha de clases y transformó en un valor absoluto la aritmética parlamentaria, que el fascismo haría trizas cuando la burguesía necesitó redoblar la guardia para contener a la clase obrera, y creó nuevas formas para defender los viejos intereses. Olvidaron también los reformistas, que frente al proletariado de los países imperialistas se desenvolvía el de los pueblos subdesarrollados, en cuya miseria florecían las contradicciones del sistema. Y no previeron, además, paralizados por un empirismo sin visión, que el presunto progreso indefinido de la clase trabajadora en una sociedad capitalista confortable, se quebraría con la guerra y el fascismo.

Laski (4), que afirma que para los socialistas la idea liberal es "una simple particularidad más de la historia intentando disfrazarse de universal", dice refiriéndose a la burguesía imperialista: "Hizo lo que haría cualquier sistema económico, al ver amenazados sus cimientos. Se armó para defender lo que bien naturalmente miraba como sus derechos. ...No dudaron más de la rectitud moral de su actitud, que los que lucharon contra la Revolución Francesa, o la burguesía rusa cuando trató de arrojar a Lenin del poder. Se convirtieron en una idea armada que defendió una concepción tradicional de la sociedad; y cuando las ideas recurren a las armas, no queda ya sitio en la sociedad para una doctrina liberal." Y más adelante: "...El fascismo, en resumen, surge como una técnica institucional del capitalismo en su fase de contracción."

Cole afirmó, también desafiando el reformismo imperante en su partido, el contenido revolucionario del socialismo enfrentado al Estado burgués: "Hallo imposible que país alguno pueda llegar al pleno socialismo por los puros medios parlamentarios, aun cuando dichos medios puedan ayudar a recorrer una parte del camino. El socialismo significa un cambio radical y básico en la sociedad, y tal que

no podría conquistárselo plenamente a pequeñas dosis, o chocando siempre con los vaivenes y obstáculos de un sistema parlamentario claramente establecido.

"Así, pues, si ha de venir el socialismo, creo inevitable que pase por una forma transitoria de dictadura, y después, derive hacia un sistema administrativo, mucho más parecido al soviético que al parlamentarismo." (5)

### III. — LENIN Y EL ESTADO

La lealtad de Lenin a la idea marxista del Estado constituye el fundamento de toda su concepción, siendo los otros elementos que la integran derivados necesarios de aquel núcleo básico.

La afirmación de Lenin acerca del carácter de clase del Estado, es desentrañada de los textos de Marx y Engels y lanzada en el seno del movimiento obrero, en la coyuntura revolucionaria de la primera guerra mundial.

Ya en el *Manifiesto Comunista* Marx definió el Estado emergente de la revolución como "el proletariado erigido en clase dominante" y en la *Crítica del Programa de Gotha*, acuñó la expresión "dictadura del proletariado", designando así el Estado que realiza el tránsito de la sociedad capitalista a la sociedad sin clases. Asimismo, Marx, en sus estudios históricos *La lucha de clases en Francia, El XVIII Brumario y La guerra civil en Francia*, desnuda la naturaleza de clase que identifica las distintas formas institucionales que asume el poder de la burguesía desde la monarquía absoluta hasta la república parlamentaria. Desde 1848 hasta 1870 las sucesivas derrotas del proletariado jalonan el afianzamiento del Estado como instrumento de dominación del capital contra el trabajo.

La tarea del proletariado dentro de los marcos del Estado burgués, es ridiculizada en su impotencia al recordar el significado del ministerio Blanc en el gobierno de 1848 como un poder ficticio ejercido en el Estado capitalista. Recordando la sede del ministerio Blanc, que llama "la sinagoga socialista", independiente de la sede del gobierno real, dice: "Mientras en el Luxemburgo se buscaba la piedra filosofal, en el Hotel de Ville se acuñaba la moneda que tenía circulación." (6)

A partir de estos elementos, Lenin salió al paso de la deserción reformista, exponiendo en forma sistemática su pensamiento en *El Estado y la Revolución*. Allí afirma que todo Estado es la dictadura de una clase, y que a esta definición no es-

capa el Estado que se rige por un gobierno democrático: "Nosotros somos partidarios de la república democrática, como la mejor forma de Estado para el proletariado bajo el capitalismo, pero no tenemos ningún derecho de olvidar que la esclavitud asalariada es el destino reservado al pueblo, incluso bajo la república burguesa democrática."

La dictadura del proletariado no supone la abolición del carácter representativo del gobierno, sino su manifestación más auténtica. Así, afirma Lenin en el trabajo mencionado: "Sin instituciones representativas, no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria..." En este sentido, la búsqueda de los órganos institucionales de la democracia proletaria, en la experiencia yugoeslava, es un signo auspicioso para el socialismo.

Al exponer las Tesis con las que fundó el decreto de disolución de la Asamblea Constituyente, Lenin enunció en un párrafo la esencia de su pensamiento: "Es natural que los intereses de esta revolución tengan primacía sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente..." (7)

Frente al reformismo, que planteó el problema del poder en el terreno formal del gobierno parlamentario que santificó —acatando así el poder de la burguesía—, Lenin colocó el tema del poder en el terreno real de la lucha de clases y afirmó rotundamente que ningún derecho metafísico está por encima del interés de la revolución.

Para la izquierda, el pensamiento se enriquece al servicio de una militancia más alta y limpia. En consecuencia, fortalecer con esta concepción leninista del Estado, adaptada a nuestra realidad latinoamericana, la práctica de los movimientos proletarios, es tarea impostergable del socialismo. Así lo imponen los hechos que en esta década, cerrada con la expulsión de la clase trabajadora argentina de la legalidad y conmovida por las revoluciones de Cuba y Bolivia, constituyen el índice elocuente de que la conquista del poder político es la meta madura y definitiva del proletariado de Latinoamérica.

(\*) Estos apuntes se completaron con otros referentes a "La democracia obrera y los sindicatos" y "El Estado en los países subdesarrollados".

(1) *Fe, razón y civilización*, por Harold Laski, Editorial Abril.

(2) *Historia del Pensamiento Socialista*, por H. G. Cole, Tomo III, F.C.E.

(3) Citado por Swezy en *Teoría del desarrollo capitalista*, F.C.E.

(4) *El liberalismo europeo*, por Harold Laski, "Breviarios", F.C.E.

(5) *Doctrinas y formas de la organización política*, por H. G. Cole, F.C.E.

(6) *Obras Escogidas*, Marx y Engels, "La lucha de clases en Francia", Editorial Carfago.

(7) *Obras Escogidas*, Lenin, Tomo III, "Tesis sobre la Asamblea Constituyente".

### EL SOCIALISMO IRRREAL

El golpe militar que en 1955 derribó a Perón, asumió en el lenguaje y en el comportamiento formal de sus protagonistas, un carácter de triunfo democrático sobre la dictadura. Con rótulo democrático, se instala en el poder un gobierno de inconfundible raíz oligárquica. Tras el ceremonial democrático, la oligarquía puede añadir ahora el disfrute del poder al cúmulo de intereses, objetivos y actitudes mentales que comparte con el imperialismo. Y la clase obrera costea la recuperación democrática del país, bajo el terror de policías bravas, milicias armadas y rigores militares. Bajo la contradicción formal entre la democracia y la dictadura, cobra así existencia en el país una contradicción real entre la clase obrera y la oligarquía, entre la emancipación nacional y el saqueo imperialista.

Este doble juego de significaciones, que podía convivir sin mayores conflictos de fondo en un partido burgués, iba a precipitar, en cambio, una profunda crisis en el Partido Socialista, que se vio de pronto ante la incongruencia de apoyar en nombre de la democracia un gobierno que en nombre del socialismo sólo podía repudiarse. Esta contradicción lo abocó a una lucha interna que traducía de un modo más o menos confuso, más o menos consciente, la lucha que en el orden nacional libraba la clase trabajadora contra las fuerzas de ocupación "democráticas".

En el Congreso partidario de Rosario, celebrado en 1958, este combate interno hizo crisis y precipitó la división del partido. El sector "democrático" abandonó las filas partidarias para constituir una agrupación independiente, y el sector socialista, liberado ya de los apremios a que lo sometía la lucha interna, inicia un rápido proceso de replanteo de posiciones y de ajuste a las nuevas condiciones del país.

En el Congreso de Rosario el Partido hizo exhibición y derroche de una vitalidad que desde hacía años parecía inconciliable con nuestro fatigado socialismo bien pensante y afecto a las bellas maneras. Una verdadera explosión de entusiasmo corrió por las filas partidarias y, una vez más, nos sentimos con derecho a confiar en nosotros mismos. Creímos entonces que el éxodo ghildista bastaba con creces para asegurar nuestra recuperación para la clase trabajadora. En esta convicción, hemos vivido todo un año de euforia en esta nuestra experiencia de excarcelados, de redimidos para un seguro porvenir socialista. El socio-

lismo amarillo, vecino de los cuarteles y devoto practicante de una democracia para estancieros, se había ido definitiva, irrevocablemente. Estaba fuera del Partido y contra el Partido. Y entre nosotros, sólo los ecos de nuestra rescatada vocación revolucionaria resonaban ahora en el hueco dejado por los desertores.

Hoy, a un año y meses de aquellas jornadas, empezamos a advertir que lo que han dejado los desertores es, todavía, un hueco. Un hueco en la significación del Partido dentro del panorama político nacional, y un hueco en la conciencia que tenemos de nosotros mismos. Nos es forzoso admitir ya que el único socialismo provisto de una significación clara y de una noción coherente de su propio contenido es el que repudiamos. Tenía su tradición, su conocida trayectoria, su perfil ya sedimentado y calificado en la opinión pública. Cuando la negación de ese socialismo era una concreta tarea política dentro del partido, podíamos formular en ella un provisorio concepto de lo que éramos. Eramos, cabalmente, aquella negación. Ella nos daba sentido, consistencia, algo que saber acerca de nosotros mismos. La inmediata urgencia de negar a Ghioldi podía remplazar en nosotros una conciencia clara de lo que perseguíamos, de lo que queríamos ser, siendo, por lo pronto, antighioldistas. Pero ahora, cumplida y consumida aquella negación, cuando lo urgente no es ya combatir a Ghioldi sino ser lo que combatimos por ser, la verdad es que nos encontramos frente a una perspectiva vacía.

¿Qué somos, pues, nosotros, los socialistas?

Si a manera de encuesta hiciéramos circular la pregunta por nuestra masa de afiliados, o aún por nuestras esferas dirigentes, recogeríamos, en la mejor de las hipótesis, un 30 o un 35 por ciento de respuestas seguras. Con el agravante de que este magro porcentaje sería a su vez un variadísimo repertorio de posiciones y de actitudes ideológicas cuya convivencia dentro de un mismo partido sería poco menos que inexplicable.

Si giráramos la pregunta a la opinión pública, al distraído atisbador de nuestra prédica oral y escrita, descubriríamos que nuestra existencia pública todavía es, en buena medida, la de honestos enemigos de la especulación, cultores de un trasnachado evangelismo obrero, y melancólicos divulgadores del seguro social neozelandés. El único rasgo distintivo que quizás podría señalar en nosotros alguien que nos haya seguido de cerca en nuestra versión recuperada para la clase trabajadora, es un nuevo estado temperamental, un repertorio de instintivas simpatías y antipatías. Una instintiva repugnancia por las promiscuidades políticas, un instintivo rechazo del terrorismo gorila, una instintiva disposición o compartir la suerte de la clase obrera. Calidades emocionales muy positivas, desde luego, pero que no bastan para dar consistencia a un programa de acción partidaria. Y un partido socialista no es una colección de gestos simpáticos, sino un programa de acción, precisamente. Y para serlo debe empezar por ser una clara conciencia de fines, una clara conciencia de la realidad, una clara conciencia de las herramientas que la realidad pone en nuestros manos. ¿Hemos cumplido nosotros esta primordial tarea de claridad?

Evidentemente, no. Nos basta asistir a cualquier reunión partidaria para advertir que nuestro socialismo no tiene más que una mera existencia nominal, y que nuestra existencia real es la de un agregado de individualidades en contraste, nutridas por todas las gamas de la izquierda y por alguna nostalgia de la derecha. Aun nuestra tradición partidaria asume, en quienes la siguen, un carácter de facción interna. Nada parece haber entre nosotros que nos ofrezca la seguridad de un tronco común o que nos suministre los términos de un conocimiento siquiera genérico de lo que somos. Nuestro socialismo no se conoce aún a sí mismo.

Pero no deja de ser importante la evidencia de que este desconocimiento empieza a ser un problema dentro del Partido, pues el problema como tal sólo podía salirnos del paso

por el difícil camino de nuestro reencuentro con nosotros mismos. La apremiante existencia del problema certifica, por lo menos, un afán de autenticidad socialista. Si algo ha logrado consolidarse entre nosotros es precisamente una cierta conciencia culpable de nuestras viejas docilidades a posiciones políticas ajenas. Episodios como la Unión Democrática o nuestra adhesión al motín oligárquico de 1955 están decididamente en vías de desalfabetización en la conciencia socialista. Esta conciencia ha motivado hoy un violento repliegue del Partido sobre sí mismo. Ahora, en efecto, estamos muy cerca del otro extremo. Vivimos en un régimen de clausura casi monacal, y ninguno de nosotros puede aventurar un contacto con gente de afuera sin sentir sobre sí el peso de cierto recelo partidario.

No es ésta, desde luego, la falla del Partido. En buena hora hemos resuelto emprender nuestro propio rescate. La falla reside en que este repliegue del Partido sobre sí mismo es un repliegue sobre un hueco. Precisamente cuando el Partido más necesita de su propio contenido, cuando más urgencia tiene de extraer de sí mismo su propia justificación, no logra encontrar dentro de sí los términos en que justificarse. Advierte que su tradición es, en buena medida, una tradición de errores, que sus textos de doctrina no le ofrecen una fórmula adecuada para interpretar el momento, que su entera silueta histórica parece ser una herencia más aprovechable para los que se fueron que para quienes nos quedamos.

Y así, vacío de un sólido y definido contenido político, el Partido parece no hallar otro recurso, aun dentro de su ensimismamiento, que el de vivir asomado a sus fronteras, prendido de cualquier dureza que encuentre en su contorno. Y cuando sólo los propios frentes ofrecen solidez, la solidez que ofrecen es, fatalmente, la del vecino. En cualquiera de las discusiones que se suscitan a diario en nuestros centros, lo primero que sorprendemos es, precisamente, esta vida periférica, este peligroso balanceo sobre el abismo, con las piquetas clavadas en ideas vecinas. Difícilmente encontraremos un socialista cabal, un socialista capaz de justificarse y de dar testimonio de sí en otros términos que los del trotskismo, los del silviofrendismo, los del comunismo, o aun los del demócrata liberal ghioldista.

Claro está que aún nos da cierta cohesión nuestra Declaración de Principios. En medio de todo lo que nos falta, es indudable que, en efecto, tenemos Principios. Pero lo importante, lo verdaderamente revolucionario del Congreso de Rosario reside en que a través de él el Partido ha dado muestras de sentirse en crisis sin tener, exactamente, una crisis de principios. La nuestra es una crisis de fórmulas prácticas. Y nuestra revolución interna consiste, fundamentalmente, en que una crisis de fórmulas prácticas haya adquirido la envergadura de una crisis partidaria. Lo que está ocurriendo entre nosotros es que la experiencia de nuestra pobreza práctica es, por primera vez, una experiencia de mutilación.

Porque la verdad es que todos advertimos de un modo más o menos claro que la actual tónica del Partido se cifra en una imperiosa necesidad de actuar. Estamos impacientes por ser un grupo de acción. Lo que quizás no se haya advertido es que esta apremiante voluntad práctica es toda una novedad. Este es el sentido profundo de la renovación que está viviendo el Partido. El Congreso de Rosario fue el desenlace no tanto de una lucha entre dos ideas del socialismo como de una lucha entre el socialismo como idea y el socialismo como tarea. De otro modo no se explica que el Partido haya vivido 60 años de relativa plenitud y conformidad consigo mismo, y que hoy, de pronto, nos sintamos vacíos, mutilados, sin base de sustentación. Obviamente, la anécdota ghioldista no basta para dar cuenta de que hoy todo nuestro pasado nos resulte insuficiente. ¿Por qué no logramos hacer pie hoy en aquellos 60 años? Tal vez, porque a lo largo de ellos hemos ido consolidando un simple socialismo para **creyentes**, un socialismo para meros cultores de

la propia subjetividad, para meros aficionados a tener ideas socialistas en la cabeza. Y, en efecto, para colmar una subjetividad, basta una Declaración de Principios. Pero hoy tenemos una muy clara experiencia de que el lugar del socialismo no es nuestra vida interior sino la objetiva realidad nacional. Es allí donde advertimos el hueco. Y, esto es lo importante, lo advertimos allí porque es allí, en la realidad, donde el hueco está.

No es casual, en efecto, esta nuestra repentina vocación activista. Este salto entre el **Socialismo como algo en que creer** y el **Socialismo como algo que hacer** no es un tránsito puramente interior entre dos maneras de concebir el Socialismo. El salto hacia nuestra práctica no lo estamos dando nosotros. Lo está dando, objetivamente, el país. O mejor: lo estamos dando nosotros como momentos de aquella objetiva dinámica nacional que abre a la acción socialista conductos de necesidad real que antes estaban cerrados. No somos nosotros quienes a título de jóvenes socialistas discólos tenemos de nuestra inmovilidad una sensación temperamental de vacío. Es el país real el que, por medio de nosotros, advierte dentro de sí como un vacío objetivo la falta de una concreta acción socialista. Los perfiles del Socialismo como quehacer no son los de nuestras elucubraciones íntimas, sino los de un hueco en la realidad.

En una palabra, el Socialismo empieza a ser hoy una **función**.

Ahora bien, lo normal es que un movimiento político empiece por ser eso, precisamente. Lo normal es que sean las estructuras objetivas de una determinada función las que constituyan el perfil del órgano destinado a desempeñarlo. El socialismo europeo fue, antes que un partido, antes que una "ideología", una situación real de la clase obrera. Como todas las situaciones humanas, ésta tenía su objetivo repertorio de condiciones, su objetiva dinámica, su objetivo esquema de salida y su objetiva conciencia de sí en cada uno de estos momentos reales — pues la conciencia de sí es también un ingrediente objetivo de toda situación humana—. El socialismo no es sino esta conciencia. Este cabal acontecimiento objetivo.

Pero entre nosotros el proceso se invirtió. El órgano apareció antes que la función. Cuando nació el Partido Socialista argentino, el país estaba bastante lejos aún de presentar las condiciones que en otras partes del mundo empezaban a plantear una exigencia concreta de soluciones socialistas. El Socialismo hizo su aparición en el país obedeciendo mucho menos a un concreto reclamo nacional que a excrecencias inmigratorias del Socialismo europeo. Nacimos socialistas en una sociedad feudal, enemigos del capitalismo en una sociedad precapitalista. **Nacimos condenados a un socialismo que sólo podía ser practicado como profesión subjetiva de una idea y no como revolución de la realidad**. Sesenta años de vida partidaria habían de transcurrir desde entonces ahogados por este hecho originario de haber aparecido el Partido en contradicción con sus propias posibilidades. La historia de estos sesenta años es la historia de un partido encastillado por su contenido ideológico en funciones de oposición a un orden social frente al cual él mismo no podía ser una alternativa. Es decir, un partido abstracto, y condenado, como toda abstracción política, a que cualquier intento de concretar sus premisas doctrinarias en un determinado tipo de acción, acabara siendo, fatalmente, función de otra cosa que de su propio contenido. Desde un estricto punto de visto principista, por ejemplo, podría parecer quizás que cuando a su hora el Partido practicó el antirygogenismo, no estuviera cometiendo una incoherencia consigo mismo. Pero es indudable que aquella postura en ningún momento fue ni pudo aspirar a ser función de una alternativa socialista frente a Yrigoyen. Por fuera de todos los significados subjetivos que pudo haber tenido dicha postura, lo que de hecho y obje-

tivamente practicó el Partido al asumirlo fue un liso y llano uriburismo.

Ocurrió, pues, que un partido esencialmente revolucionario, un partido cuya íntima consistencia es un proceso de objetiva subversión de la realidad, tropezó con una realidad que no estaba en ese proceso, una realidad que no llevaba dentro caminos por donde el socialismo pudiera elegirse a sí mismo. A sí mismo como alternativa real, se entiende. No era una disyuntiva muy agradable para el pequeño grupo de agitadores románticos que se reunió alrededor de Juan B. Justo. Había que elegir entre la alienación política o la irrealidad política, entre enojarse optando por la realidad en alguna de sus alternativas concretas (el conservadurismo oligárquico o el populismo radical), y optar por sí mismo fuera de la realidad. Es decir, por un socialismo que no fuera alternativa de la realidad, proceso de la realidad, situación de la realidad. Y el Partido, con sus esquemas, sus planteos, sus inmigrantes, sus costumbres de inmediata extracción europea optó por este socialismo, por la lucha de clases, por el ataque frontal a la sociedad burguesa. Es cierto que este ataque es lo que constituye al socialismo. Pero lo constituye, como una efectiva realidad política, cuando empieza por ser una realidad la sociedad burguesa. La nuestra, la que nosotros enfrentamos, era en buena medida un imaginario trasplante local de la sociedad europea. Quijotes de la Revolución Social, vimos cómo se iban quebrando contra sólidos molinos feudales nuestras lanzas hechas para penetrar en carnes burguesas. Era fatal que nuestro revolucionarismo acabara siendo un generalizado "como sí". Actuábamos de tal o cual manera, como si existieran determinadas cosas, como si estuvieran dadas determinadas condiciones. Nuestra acción asumía así la naturaleza de puros movimientos convencionales, fue mera mímica de una acción, mera repetición de actos rituales para la vida interna de una secta.

Ghioldi es el desenlace natural de aquella opción. En la imposibilidad de trasladar a la realidad su íntima vocación revolucionaria, el Partido acabó, fatalmente, por recluirse en su intimidad. No pudiendo actuar hacia afuera, acabó por "interiorizarse". No pudiendo consistir en hacer determinadas cosas, se acostumbró a consistir en tener determinadas ideas. Y esta postura puramente subjetiva, desarraigada, replegada sobre un mundo interior, trajo consigo, naturalmente, un peculiar repertorio de hábitos mentales, un peculiar sistema de reacciones, una peculiar estimativa para los valores. El acento de valor se trasladó de lo exterior a lo interior, de la objetividad a la subjetividad, de la acción socialista al ideario socialista. Lo valioso no era ya la revolución, la revolución en la realidad, ni era la idea como momento objetivo de un proceso revolucionario real. Lo valioso era la idea por sí, suelta, ensimismada, absoluta. Las ideas como tales, en su desnuda subjetividad, llegaron a ser el objetivo mismo de nuestra práctica política. En un medio que no nos permitía realizarlas, nuestro trato con ellas se redujo a lo único que con ellas se podía hacer: tenerlas. Nuestra práctica no fue sino la liturgia de esta tranquila tenencia de ideas. A ello consagramos todas las energías con que no pudimos abrir brechas en el mundo real. Fue, en verdad, un mecanismo compensatorio. Cuando el contenido de la idea no se deja ver en la realidad, nos conformamos con la convicción de que es la realidad lo que se deja ver en la idea. La vida real, los enfrentamientos reales, las luchas reales, se convierten en vida, enfrentamientos y luchas de ideas. Lo importante, entonces, no es pelar los cachullos. Lo importante es conferir a las ideas una sede donde existir, conferirles nuestra decisión de profesarlas, de expresarlas, de predicarlas. Ellas se encargarán luego de protagonizar nuestras peleas, nuestros conflictos, nuestras luchas de clase. Y serán ellas, a la postre, quienes harán la revolución. Nosotros sólo tenemos que facilitarles la existencia. Institucionalizar, en suma, la inmunidad de las ideas.

Este fue el tema central de nuestra mitología partidaria. Sus deidades máximas fueron la libertad de prensa, la libertad de expresión, el Parlamento, la "democracia". Nuestra lucha primordial, fundamental, era la lucha entre todo eso y la falta de todo eso. Entre la **libertad** y la **dictadura**, entre la "democracia" y el "totalitarismo".

Tal llegó a ser nuestra utopía política real, nuestra acción política real. No la lucha de clases, mera tarea parlamentaria de los ideas, sino esta suerte de maniqueísmo político que, bajo los rótulos de "democracia" y "totalitarismo", cree ver una especie de conflicto cósmico entre dos entelequias absolutas que nada tienen que ver con la izquierda y derechas, ni con las clases sociales, ni con la lucha de clases. La lucha de clases se convirtió en una faena sumamente cordial cuya sede natural era la democracia, donde una ordenada disputa se encarrilaba entre ellas por medio de educadas posiciones y contraposiciones parlamentarias. Un ajedrez de caballeros, en una palabra. Y cuando malhadadas circunstancias ponían en peligro el tablero de juego, nuestros caballeros de la izquierda entendían que su función no era ya la de defender los pedruzcos negros sino la de unirse con sus pares de la derecha en defensa del tablero común. Cuando esto ocurría, se suspendía por mal tiempo el partido amistoso de la lucha de clases y se instauraba una lucha en serio por la "defensa de la democracia y de las sanas instituciones republicanas". Y como ocurre que en lo que va de su historia parece ser inherente a la existencia misma de estas democracias el vivir siempre amenazadas, a nuestros contrariados caballeros no se los pescaba nunca con las piezas en la mano. Como guardianes que eran de la democracia, de hecho nunca daban con la afortunada ocasión de ser hombres de izquierda.

En suma, nuestro originario clasismo estricto en una sociedad cuyos contradicciones fundamentales no estaban planteadas aún en términos clasistas, acabó por desubicarnos. Y lo grave del caso no es que nuestro socialismo haya sido una irrealidad, una ficción, un repertorio convencional de reacciones fingidas frente a un mundo fingido. Lo grave es que la realidad no tolera evasiones. Todos nuestros actos, cualesquiera sean los mundos imaginarios en que los proyectemos, tienen una ineluctable consistencia real. Y de lo que somos responsables los socialistas no es de haber vivido fuera de la realidad, sino de haber desempeñado dentro de ella esa peculiar y objetiva función de la realidad que es la **ficción**. Lo que **realmente** hacemos cuando fingimos cambiar la realidad es protagonizar su quietud. Traduciendo a un torneo de ideas nuestra lucha contra el sistema capitalista, nos convertimos **realmente** en una pieza del sistema, en servidores de la necesidad que tiene el sistema de descargar sus contradicciones reales en conflictos de la superestructura. Y cuando, recién a 60 años de nuestra fundación como partido, adquirió la lucha de clases el carácter de conflicto básico de la sociedad argentina, a nosotros nos sorprendió fuera del planteo.

Porque la lucha de clases adquirió carácter básico entre nosotros y se instauró como contradicción fundamental de la sociedad argentina el 16 de setiembre de 1955. Y nosotros, los socialistas, con nuestro medio siglo de hábitos superestructurales, nos apresuramos a incorporar ese estallido a la superestructura como un acontecimiento de la lucha "fundamental" entre la democracia y el totalitarismo.

Al afirmar que la lucha de clases adquirió ese carácter básico en setiembre de 1955, lo que se está diciendo es que en ese momento el socialismo empezó a ser **función**, que en ese momento el socialismo empezó a ser un proceso objetivo, un objetivo perfil de la realidad. Y hoy, nuestra urgencia más inmediata es la de ponernos en claro ese proceso, precisarlo, delimitarlo, conocerlo. Porque nosotros no hemos de tener otra conciencia de nosotros mismos que

la conciencia de ese proceso, de ese acontecimiento real en que estamos llamados a consistir.

## LA OLIGARQUIA Y LA AFIRMACION NACIONAL BURGUESA

¿Qué pasó, pues, en setiembre de 1955?

Doce años antes, un golpe militar desalojó del poder a los conservadores. Tras un corto período de escaramuzas palaciegas, quedó instalado un gobierno de extrema derecha cuyos detentores reales eran, en el campo militar, una logia que venía soñando con hacer de la Argentina el país rector del "Nuevo Orden" fascista en América, y, en el campo civil, un equipo nacionalista, sin arraigo popular, que hasta entonces, tras una episódica y fracasada tentativa de conquistar situaciones de poder bajo el gobierno de Uriburu, no había llevado más que una existencia de cenáculo y de sobremesa de cervetería alemana.

Es importante subrayar que este nacionalismo se había desarrollado y había elaborado sus contenidos en un territorio que era de hecho una colonia económica del imperio británico. Es decir, en un país que desde hacía mucho tiempo venía sedimentando una conciencia de su condición colonial en función del imperialismo británico. Y la expansión imperial de Gran Bretaña obedecía a las particulares modalidades de un capital que, en dicho período, necesitaba asegurarse en los territorios bajo su dominio una fuente de productos primarios a bajo precio y, a la vez, un mercado sin intrusiones competitivas internas para sus productos manufacturados. Gran Bretaña necesitaba, pues, mantener a dichos territorios —y, entre ellos, nuestro país— dentro de una configuración puramente agraria y extractiva.

Esa modalidad de penetración imperialista dejaba sentadas en nuestro país las condiciones para un eventual desarrollo nacionalista de contenido burgués, pues lo que Gran Bretaña inhibía entre nosotros era, entre otras cosas, la evolución y el asentamiento de una sólida burguesía industrial. "Emanciparse de Gran Bretaña" era, pues, una consigna que, al margen de sus obvias y lógicas resonancias populares, **podía** estar presidida por el ideal de llegar a ser "una gran nación", "una gran potencia", un país acabadamente capitalista. Crear estructuras de afirmación nacional significaba para nuestros nacionalistas crear las condiciones de un gran desarrollo capitalista, o sea, servir los intereses de un capital local que la guerra del 14, la crisis del 29 y luego la segunda guerra mundial habían orientado hacia inversiones cada vez mayores en el campo industrial.

La predilección fascista de este nacionalismo burgués era, por otra parte, previsible en un país donde el liberalismo no había sido, como en Europa, la superestructura ideológica de una burguesía nacional en ascenso, sino la superestructura de nuestra dependencia colonial y de la configuración feudal que esa dependencia implicaba. Con todo, nos será imposible comprender el proceso que se ha de desarrollar a partir de 1943 si no precisamos que este nacionalismo fascista tiene a lo largo de toda su trayectoria histórica en nuestro país una pura existencia ideológica, de base cenacular y sin mayor representatividad social. Sólo en sus orígenes reviste una cierta calidad representativa, y la reviste no por su contenido de afirmación nacional sino por su actitud social fascista, precisamente. Vale decir, porque nace entre nosotros como expresión universal del terror burgués ante la inminencia mundial de una revolución obrera que acababa de iniciar su marcha en Rusia. Luego, consolidado el mundo capitalista, recluso la Revolución dentro de los límites de la Unión Soviética, y no existiendo en nuestro país las condiciones que hicieran temer la revolución como un peligro local, nuestro nacionalismo quedó reducido a su existencia de sobremesa cervetera, y en ella desarrolló su afirmación nacional como

componente ideológico del fascismo. De manera, pues, que al hablar del nacionalismo burgués no se está señalando una determinada actitud de la burguesía, sino un islote ideológico que por exigencias de su contenido como tal apuntaba a un determinado tipo de desarrollo burgués. No empezó, pues, por existir una burguesía nacional cuya situación de conflicto con el liberalismo colonial la llevara a cultivar preferencias fascistas, sino que empezó por existir un fascismo puramente abstracto, sin mayor base social, cuyo implícito nacionalismo doctrinario apuntaba, a modo de postulado, a la existencia y desarrollo de una eventual burguesía nacional.

Pues bien; en 1943 este nacionalismo ya no es una sobremesa de abstracciones en la Helvética. En 1943 el nacionalismo era gobierno. Estaba en un quehacer que no consiste en la mera aplicación de doctrinas sino en constituir la fórmula de una clase en el poder. ¿Era el fascismo una fórmula de poder en la Argentina de 1943? O, lo que es lo mismo, ¿era el fascismo una alternativa real? Es lo que estaba por verse.

Nosotros, fieles a nuestras costumbres, no le reconocimos a la realidad la virtud de motivarnos una expectativa. No nos preguntamos por la suerte efectiva del poder, por la suerte que el poder llevaba inscripto en sus posibilidades reales, en sus articulaciones reales. En nuestro mundo de ideas, la verdad resultaba evidente. Para nuestro platonismo político, el carácter del gobierno no iba a tener sus fuentes en las oscuras materialidades sociales sino en el nuevo ideario oficial. Y el ideario estaba a la vista. Era el hispanismo católico de Martínez Zuviría y de Olmedo, la devoción mussoliniana del padre Filippo, las pretensiones de **Weltpolitik** totalitaria del GOU, los planteos corporativos para los que el coronel Perón trataba de ganar adeptos en la Bolsa de Comercio. Vimos cómo los ministerios, las universidades, las intervenciones, iban albergando todo el elenco de personajes curulescos y mazorqueros que habíamos aprendido a conocer a través de su embanderamiento franquista durante la guerra civil española e hitlerista durante la guerra mundial. Y ahora que estaban en el poder, nosotros coincidiendo con ellos en la creencia de que se estaba por iniciar un proceso fascista en el país. Ellos y nosotros nos aprestábamos a protagonizar un combate de idearios, con la común convicción de que ése iba a ser el combate real.

## CRISIS DE LA AFIRMACION NACIONAL BURGUESA

En la realidad, entretanto, eran otros los contendientes que, inadvertidamente, iban tomando posiciones. En la Bolsa de Comercio, las elucubraciones fascizantes del coronel Perón tropezaron con el inconveniente de no tener por auditorio la aterrada burguesía italiana de 1920, que presenciaba la ocupación de sus fábricas, la incautación de sus tierras y la conquista subversiva de las comunas por una clase obrera en camino a la Revolución Social. Estábamos a treinta largos años de los tiempos en que la burguesía mundial se sentía naufragar por entre las oleadas de delirio revolucionario que llegaban de Moscú. El mundo capitalista parecía haberse olvidado del espectro bolchevique de 1917, y consagraba a Stalin, el Stalin sonriente y bonachón de Yalta, como un nuevo Papá Noel del mundo libre en su lucha contra el totalitarismo. Y nuestra clase obrera, en buena parte de inmediata extracción campesina, que se venía volcando masivamente sobre las ciudades para servir la rápida industrialización improvisada por la guerra, no daba muestras aún de una rebeldía con posibilidades

revolucionarias. Su protesta no había excedido las previsiones policiales del sistema, y nuestros burgueses podían dormir tranquilos. El tiempo se encargaría de demostrar luego que no estaba lejos el día en que aquella protesta asumiera contornos peligrosos, pero eran muy pocos los hombres —entre ellos, el coronel Perón— capaces de avizorar esta posibilidad en las condiciones reales de 1943, ilegales entonces para la gran masa de nuestra burguesía. Las sugerencias corporativistas del coronel Perón no prendieron, pues, en el barrio Norte.

El planteo nacionalista, por otra parte, también iba a encontrarse con un auditorio vacío en la burguesía industrial. Nuestros recientes industriales no habían recorrido aquí los senderos de ascenso histórico de la burguesía europea. No tenían conciencia de sí mismos como la negación histórica de los señores feudales. Buena parte del desarrollo industrial a que dio lugar la guerra tuvo su origen, precisamente, en reinversiones de beneficios agrarios. Y los pocos industriales "puros" crecieron cautivos de la constatación de valores feudales y tuvieron conciencia de su propio ascenso como de un ascenso a la condición de la oligarquía. Lejos de sentirse revestidos de un valor histórico propio en contradicción con la oligarquía, lo primero que hacían con sus dividendos industriales era comprarse unas cuantas hectáreas para poder sentirse estancieros. En líneas generales, pues, la industria y el latifundio no se desarrollaron en nuestro país como peculios privados de dos clases en conflicto sino como dos distintos campos de inversión de una misma clase social. Sólo en algunos sectores industriales —metalúrgicos, textiles— y no en sus estratos más poderosos surgieron amagos de una burguesía industrial independiente, que estaba muy lejos de colmar las posibilidades y las gigantescas tareas de una política nacional antioligárquica de raíz burguesa.

Por otra parte, el país estaba evolucionando hacia condiciones en que la industrialización lisa y llana no iba a implicar una ruptura de nuestra situación de dependencia, ni iba a ser, por consiguiente, tema de una posible "conciencia nacional". Nuestro nacionalismo burgués tuvo, en efecto, la poca suerte de iniciar su experiencia de gobierno y de objetiva construcción política precisamente en momentos en que el imperialismo inglés era desplazado por el norteamericano. O más exactamente, el imperialismo del exportador de productos industriales era desplazado por el imperialismo del exportador de industrias. El mercantilismo británico cedía sus posibilidades de penetración al capital norteamericano, que encontraba saturada en su propio país no sólo su capacidad de absorber productos manufacturados sino su capacidad de absorber inversiones. Y si los ingleses habían empeñado todos los recursos de su presión imperial en frustrar nuestras posibilidades industriales, los norteamericanos caían ahora sobre Latinoamérica para instalar fábricas de automóviles y estrechar vínculos con las burguesías locales en la cordial comunidad de las sociedades anónimas. Las viejas, repetidas y mistificadas contradicciones entre las burguesías locales y los intereses imperialistas se iban diluyendo así, gradualmente, en un proceso de mutua asimilación.

Por supuesto, nuestros países no iban a encontrar en esta industrialización imperialista la estructura de su propio levantamiento económico. Aunque fueran distintos los órdenes en que produciéramos riqueza, esta riqueza seguiría siendo plusvalía de un capital foráneo, seguiríamos siendo naciones proletarias de ese capital. Este industrialismo imperialista, pues, no iba a debilitar nuestro nacionalismo, ni iba a restar contenido a una eventual actitud de afirmación nacional. **Lo que iba a hacer era inhabilitar para esta actitud a la burguesía.**

Y cuando todo esto empezaba a ocurrir, cuando la afirmación nacional burguesa ingresaba al reino de las puras supervivencias ideológicas sin correspondencia con las nue-

vas condiciones reales, **nuestro nacionalismo burgués, en los umbrales mismos de su imposibilidad histórica, acababa de poner en marcha, estruendosamente, solicitando y obteniendo un desbordante apoyo popular, la gran maquinaria de la afirmación nacional antiperonista.**

En adelante, el drama del país iba a derivar del haberse instaurado en él un vigoroso complejo de formas nuevas que, a poco de consolidadas, entraban en conflicto con la clase a que estaban destinadas. La afirmación nacional adquiría así una consistencia real en abierta contradicción con su originario encuadre fascista. Echadas las primeras bases concretas del nuevo Estado nacional burgués, sus forjadores hubieron de comprobar que no había una "burguesía nacional" que recogiera el planteo como una providencial fórmula de salvación. Lo que había era un conglomerado de industriales constitutivamente articulados con la oligarquía tradicional y con el imperialismo, lo que dejaban de completar su apego a la Avenida Quintana y su sueño de la estancia propia con un elegante antiperonismo de salón.

Desertada por la burguesía, la afirmación nacional iba a ser recogida por la clase obrera, no como lo que dio en llamarse "la incorporación de los trabajadores a la vida nacional", sino como circunscripción de lo nacional a la clase obrera. Lejos de cumplir la proscripción fascista de anestesiar en los trabajadores su comportamiento de clase, la Nación se convirtió en el contenido de este comportamiento, y en objetivo de una lucha que no podía ser ya sino la lucha de clases. Porque ¿qué era ya la Nación, la "nación real", como se esmeran en repetir los doctores del nacionalismo? Cuando los objetivos de la burguesía se iban asimilando cada vez más a los de la penetración imperialista, cuando la opresión del imperialismo sobre la nación se identificaba cada vez más con la opresión de la burguesía sobre los trabajadores, ¿qué otro contenido real podía tener ya la nación si no era la emancipación revolucionaria de la clase obrera? ¿Qué otro sentido podía tener ya la lucha contra el imperialismo si no era el de la lucha de clases y la decidida ruptura de todos los místicos "frentes nacionales"?

O, lo que es lo mismo, ¿qué otra salida consecuente tenía ya el peronismo, como **movimiento nacional**, si no era una salida obrera, una salida de clase, una salida revolucionaria?

La contradicción básica del peronismo residía precisamente en que no era la clase obrera en el poder y no podía ser otra cosa. A menos, claro está, que se vaciara de sí mismo. El destino del régimen fue el de protagonizar la diferencia de tiempo que corre entre el cambio de la realidad y el cambio de sus superestructuras. Su duración fue la duración de este destiempo, el plazo de supervivencia de una superestructura nacional burguesa cuya base real había caducado. Mientras la burguesía real abandonaba el rol previsto para ella dentro del régimen, el hueco fue rellenado con un sosas superestructural de la burguesía. En su reemplazo, gobernaron las Fuerzas Armadas, el clero, los ideólogos de la derecha. Guardaespaldas de la burguesía, vieron reducido su papel dentro del régimen al de simples actores de una ficción, meros mimos de una burguesía que no se reconocía en ellos, con el natural resultado de que ellos acabaron por no reconocerse a sí mismos. Como representantes del poder burgués, a la larga no podían menos que representar el extrañamiento de la burguesía frente al régimen. Habían edificado un sólido edificio nacional para albergue de sus mandantes, y éstos rehusaban habitarlo. Rehusaban dar sentido al gobierno. Rehusaban dar al gobierno otro sentido que el de echar abajo lo construido. El peronismo ya no iba a poder reconocerse más que devorándose a sí mismo. Y cuando llegó el momento de hincar el diente en su contenido nacional, lo encontró sorpresivamente solidificado, provisto de una vida propia y de una propia resistencia a ser destruido. Dos veces de-

sertado, primero por la burguesía, y ahora por sus aguaciles, el contenido nacional del régimen sería fatalmente asumido por los trabajadores como contenido de su propio destino de clase. En la medida en que los planes quinquenales se veían precisados a conservar algún sentido nacional, la burguesía debía contraerse a operar por subrepticios atajos, por incómodas entrelineas, por estrechos intersticios del cuerpo nacional. Y a cada intento del peronismo gobernante de ensanchar estos intersticios para la acción burguesa, lo nacional se resistía sorpresivamente en inquietos brotes de independencia obrera. El perfil tan relevante que adquirió la corrupción administrativa del régimen radica no en que fuera mayor que la de otros gobiernos, sino en que era precisamente la fórmula típica del comportamiento burgués dentro de él: el atajo.

Y así, el peronismo se vio abocado desde su origen a estas dos contradictorias posibilidades de evolución. Una línea nacional y una línea antinacional, cuya distinción coincidía cada vez más netamente con la de clase obrera y burguesía. Ambas corrientes estaban destinadas a chocar. Y el choque aconteció el 16 de setiembre de 1955.

Es fundamental, pues, poner en claro esto. No tiene menor asidero la presuntuosa pretensión opositora de que la revolución del '55 haya sido la "culminación de diez años de resistencia antiperonista". El 16 de setiembre fue el desenlace lógico de un conflicto interno del peronismo. Fue un acontecimiento interno del régimen. Nadie puede negar que el 15 de setiembre, las Fuerzas Armadas, la Iglesia, los ideólogos de la derecha, toda la reacción que de un modo u otro había sido constitutiva del peronismo, no la tenía ya el peronismo adentro sino enfrente. No se niega aquí que el peronismo haya tenido su fondo reaccionario y antiobrero. Lo que aquí se afirma es que fue este fondo reaccionario y antiobrero el que hizo la revolución. El levantamiento del 16 de setiembre no estalló para acabar con una situación, sino para asegurar su continuidad, para mantener en pie un orden político y social que, dentro de su encuadre nacional, parecía encaminado a invertirse solo. Y por mucho que la idea espante a más de uno, lo cierto es que la derrota de Perón fue al mismo tiempo —y sólo al mismo tiempo, entendámonos— la derrota de la clase obrera. Lo que triunfó fue, ahora sí, el terror burgués; ahora sí, el miedo a la Revolución. Nada, en verdad, se ha parecido tanto al fascismo en nuestro país como esa especie de Santa Alianza que el 1955 se amotinó en Córdoba. ¿Que su tema fue el retorno a la libertad y no el retorno al absolutismo? Sin duda. Acaso radique en ello, precisamente, su similitud con la Santa Alianza europea. Una y otra formulaban su vocación de retorno en el lenguaje de sus aristocracias. Y bien sabemos que las "sanas instituciones liberales" son el mito predilecto de nuestros señores de la tierra.

¿Quiere decir todo esto que una virtual victoria de Perón hubiera sido la victoria de la clase obrera? La pregunta no tiene mucho sentido. De hecho, una "victoria de Perón" sólo es pensable en ese momento a precio de vaciar a Perón de todo su contenido histórico. Concretamente, Perón no llegó a ser vencido. Perón renunció a una victoria en cuyo precio él se veía negado, invertido, enajenado; en última instancia, derrotado de todos modos. El peronismo de Perón era, en ese momento, algo parecido al republicanismo de un Gil Robles. Es claro que Gil Robles lo tenía mayor simpatía a Franco, como probablemente no se la tenía Mr. Chamberlain. A ambos les habría gustado, sin duda, tener algo agradable que oponerle. Pero lo que sí les disgustaba era que la realidad no tuviera otra cosa que oponer a Franco que una victoria republicana a título de negociación y derrota de lo que el Sr. Gil Robles y Mr. Chamberlain esencialmente eran. Y ellos entregaron España a Franco como Perón se refugió en la cañonera.

## EL SOCIALISMO: DESTINO DE LA AFIRMACIÓN NACIONAL

Al caer el régimen peronista, pues, lo que de hecho caducó fue un precario encuentro superestructural de dos fuerzas sociales cuya realidad no les señalaba ya otro destino que el de enfrentarse. Protagonista en el poder de ese encuentro, el peronismo acabó fatalmente por protagonizar el enajenamiento de ambas. Y la inexorable colisión de 1955 no fue, en rigor, la lisa y llana caída del peronismo —su simple posesión del poder a la proscripción— sino la radical ruptura de su identidad. Al caer, cayó fuera de sí, expulsado precisamente por los titulares de su poder perdido, que ahora se reintegraban tranquilamente a sus fuentes. La Revolución Libertadora no fue sino esta reintegración, el gozoso reencuentro de la burguesía con sus hijos pródigos. Pasado el vendaval, ahora estaban todos en casa, reconociéndose unos a otros, recordando los buenos tiempos y distribuyéndose otra vez las viejas tareas domésticas de administradores y cuidadores, de amigos y adversarios políticos, en la hogareña democracia interna de la tradicional dictadura oligárquica. Afuera, entretanto, un peronismo desencajado rotulaba en el llano una realidad muy distinta de la que había representado en el poder. Porque si el peronismo en el poder no había sido la clase obrera en el poder, el peronismo proscripto, vaciado de sus edecanes, de sus frailes, de sus "nacionalistas", era la clase obrera proscripta. Proscripción como clase, definida como clase en su proscripción, y sin otra real alternativa de lucha que la lucha de clases. El movimiento obrero había llegado, objetivamente, a su hora roja.

Las banderas rojas, entretanto, tomaban ubicación al lado de los papales en la plaza de Mayo para saludar a los vencedores. Nuestra vieja democracia patria había levantado el puente de Avellaneda para celebrar sin sobresaltos su reencuentro con el poder. Los balcones de la Casa Rosada ofrecían una extraña semejanza con algún viejo dibujo de Tristán en las "Vanguardias" de 1945. Allí estaban las botas, los cruces, los galones, todos los aditamentos con que nuestro certero artista solía simbolizar en otros tiempos el blanco reaccionario de nuestros ataques al peronismo. Confesemos que nuestro antiperonismo se sentía algo incómodo aquel día en la plaza de Mayo. Durante diez años habíamos sido antiperonistas porque, al parecer, el peronismo era todo eso. Y cuando ese peronismo con botas, sotanas y paños llenos resolvió desertar el régimen para amotinarse en Córdoba, nosotros, increíblemente, nos plegamos al motín. ¿Qué prodigiosa trasmutación se había operado en nuestros profesionales del bastón con empuñadura de espada para que, repentinamente, los halláramos tan atractivos? Los hechos no ofrecían el menor indicio de que hubieran cambiado el bastón por las bellas maneras, o de que hubieran cambiado sus privilegios por una sorpresiva solidaridad con el pueblo sufrido. sencillamente, **habían cambiado de idea.** Ya no eran "peronistas" sino "democráticos". Ya no era totalitaria sino democrática la íntima tertulia patriótica de la que había que excluir al pueblo. Y nosotros, por supuesto, nos estremecemos de regocijo en nuestra vieja convicción de que la historia es un quehacer de los ideas. No nos cabía interpretar el momento histórico que vivía el país sino como una celestial dialéctica de las ideas que "peronistas" y "democráticos" tenían en la cabeza y no como una dialéctica real de lo que unos y otros objetivamente eran, de lo que unos y otros objetivamente hacían. Con que nuestros entorchados prestaran su sola vida interior al florecimiento de las ideas democráticas, podíamos abstenernos tranquilamente de reparar en el detalle histórico de que, en realidad, conservaban el bastón; de que, en realidad, lo empleaban en res-

guardo de dividendos capitalistas; de que, en realidad, los apaleados eran obreros.

Pocas veces mostró perfiles tan netos una lucha abierta entre explotados y explotadores. Y nosotros, traduciendo esa lucha a una contienda de ideas, no hicimos otra cosa que acompañar a la dictadura de los explotadores en su visión interna de sí misma. Y la clase obrera, confinada a los extramuros de esta democracia oligárquica, no pudo recoger como conciencia de sí misma un socialismo que se exhibía cómplice de sus vencedores en las nuevas tribunas oficiales. Mientras denunciábamos desde ellas al peronismo proscripto, la clase obrera proscripta no podía menos que sentirse confirmada en su peronismo. Mientras formulábamos en nuestro ideal lenguaje antiperonista la real política antiobrero de los almirantes, confirmábamos al peronismo como lenguaje natural del odio obrero a los almirantes. Proscritos con nuestra anuencia a título de peronistas, los obreros se vieron abandonados a la vejez inconsciente de su propio sentido. El **socialismo real** irrumpió así en la historia del país sin poder conocerse como socialista, porque por obra nuestra, de los socialistas, la clase obrera fue condenada a asimilar su derrota y su proscripción en una versión enajenada de sí misma.

Porque, paradójicamente, la caída y la proscripción fueron el precio que debió pagar el peronismo para seguir siendo lo que ya no podía ser ya en el poder: un enajenamiento de la clase obrera. La situación real del país, en 1955, estaba dada en términos tales que Perón no podía seguir ejerciendo desde el poder sus funciones de control ideológico burgués sobre la clase obrera. O, lo que es lo mismo, el peronismo, con todas sus ya vigentes y sedimentadas posturas de afirmación nacional, no podía seguir cosechando el consentimiento obrero a tales posturas mientras éstas siguieran siendo fórmulas de un gobierno burgués, como no podía cosechar el consentimiento burgués mientras fueron fórmulas de afirmación nacional. Las posibilidades eran, pues, tres:

a) que Perón permaneciera en el poder como titular de un gobierno burgués y perdiera su control ideológico sobre la clase obrera, evolucionando rápidamente hacia un Estado policial de tipo fascista (el Congreso de la Productividad parecía insinuar una orientación del régimen en esta dirección);

b) que Perón conservara desde el poder su control ideológico sobre la clase obrera, pero a precio de ejercer este control desde un gobierno definitivamente revolucionario. Es decir, a precio de vaciar al peronismo de todas las estructuras en que se cifraba su poder (los hechos demostraron luego que estas estructuras supieron cuidarse muy bien de esta posibilidad vaciándose a sí mismas de Perón); y

c) que Perón conservara su control de raíz burguesa sobre la clase obrera, pero a precio de abandonar el poder; de caer, precisamente.

Porque caer, caer del poder, es, en cierto modo, caer fuera de la realidad. Es sustraer la postura en que está al inexorable molde de la acción, del hacer y destruir cosas, del insertarse en ese repertorio de posibilidades e imposibilidades que es la realidad. Abandonar el poder es pasar del orden de la acción al orden de la idea, del orden del quehacer real al orden del lenguaje, de la prédica, de la crítica, de la oposición. Y la realidad pone precisos límites a lo que podemos hacer con ella, pero no a lo que de ella podemos decir. Mientras la realidad despedazaba en su seno la afirmación nacional burguesa, nada se oponía a que ésta se reconstruyera luego en la mera discursividad de una oposición tan prolija, elaborada y perfecta como la de **Azul y Blanco**, por ejemplo. Pero al mismo tiempo, nada asigna a **Azul y Blanco** otra validez real que la de un perfecto cuento de hadas.

Del mismo modo, nada se oponía a que el peronismo,

quebrado en el poder como fórmula de una realidad nacional, se mantuviera incólume como mero tema de un lenguaje opositor. Y si, como líder de los trabajadores, Perón en el poder era un hombre peligrosamente expuesto a ser determinado por la clase obrera en una política de temibles contornos revolucionarios, Perón en el exilio no era más, ni menos, que el Perón de siempre, el abortivo del movimiento obrero, una figura que, en cierto modo, había que cuidar, tener a mano, conservar en vigencia. A poco de estallada la revolución de 1955, los personeros más avizores de la burguesía local se dieron, en efecto, a la meticulosa tarea de aderezar la figura de Perón. La tarea tuvo sus especialistas, sus financistas, sus escribas, sus negociadores. Se puso especial esmero en que los obreros experimentaran su sojuzgamiento en calidad de peronistas. La vitalidad revolucionaria de nuestra clase obrera debía quedar diluida en un largo éxtasis místico ante la lejana majestad del Conductor. Había que asegurar la inmovilidad obrera en una sumisa y humilde espera de mensajes, discos, órdenes y aviones negros. Había que asegurar en la espera el obediente trajín diario "de casa al trabajo y del trabajo a casa". Había, en fin, que desviar la combatividad obrera hacia un disfraz de gorila del que la burguesía pudiera desvestirse luego con toda la facilidad de una amnistía.

Y mientras tantos, se sacaba el necesario provecho de un Perón espantado de sus propias posibilidades revolucionarias, que resolvía encaminar su retorno a situaciones de poder no por vías de una movilización independiente de la clase obrera, sino mediante negociaciones, acuerdos y secretes con los nuevos elencos políticos de la burguesía nacional.

El resultado está a la vista: 4.000.000 de votos para el Quising de los EE.UU., la segunda derrota del proletariado argentino, y tres años desastrosamente perdidos para el movimiento obrero.

## LA AFIRMACION NACIONAL: DESTINO DEL SOCIALISMO

Pues bien, si el Partido Socialista ha de entroncar alguna vez con la realidad, no podrá menos que reconocer su obra en esta derrota.

Es cierto que el agitado proceso interno que vive hoy el Partido es, en gran medida, el proceso de este reconocimiento. Pero no es menos cierto que nos queda aún un buen trecho por recorrer antes de abordar la raíz de nuestro error. Hoy por hoy, nos estamos deteniendo en la modesta aceptación de que no fue un hallazgo muy brillante nuestro apoyo a la Unión Democrática en 1945, y de que nuestro entusiasmo por la Revolución Libertadora ha sido, en realidad, un tanto excesivo. Tranquilamente, limitamos nuestra culpa a lo poco que hemos dejado de ser gracias al éxodo ghíoldista. Con el confortable expediente de ubicar nuestra culpa en Ghíoldi, hoy asumimos el alejamiento de Ghíoldi como una absolución. Y una cortina de piadoso silencio cubre el recuerdo de que, junto con Ghíoldi, estuvimos todos en la Plaza de Mayo el 24 de setiembre de 1955.

Este silencio no puede ser sostenido impunemente. En él radica el abismo que aún nos separa de la realidad. Y si de una buena vez hemos de confluir con la realidad, no vamos a tener más remedio que saltar el abismo y echar abajo todo lo que, callando, otorgamos a la malhadada apariencia de que la Revolución Libertadora sigue siendo la Gran Madre que nos abarca a todos en nuestros peque-

ños acuerdos y en nuestras pequeñas disidencias, la fuente común en la que todos éramos uno antes de la diáspora. Porque no será efectiva nuestra recuperación para la clase trabajadora mientras sólo sea uno de los caminos de la diáspora y no el reconocimiento fundamental de que en 1955 nos hemos equivocado de bando.

Con todo, también este reconocimiento pareciera abrirse camino en las filas partidarias. Con el previsible escándalo, se han escuchado exhortaciones a un lavaje de pies con los peronistas en la Plaza de Mayo. De un modo u otro, más de un sector partidario se muestra inclinado a propiciar un "entronque con el peronismo".

Estas actitudes, con todas sus apariencias de rectificación, no constituyen sino meras variantes de nuestro error fundamental. **Nosotros no nos hemos equivocado porque hayamos encaminado mal nuestra opción entre los bandos superestructurales del conflicto que vivió, y aún vive el país, sino porque nos hemos embanderado en los términos superestructurales del conflicto, precisamente.** Nuestro error no fue el de optar por la Revolución Libertadora y contra el peronismo, sino el de creer que la Revolución Libertadora y el peronismo eran los términos reales de la opción, cuando sólo se trataba de un conflicto superestructural del sistema capitalista en el país. Y el peronismo, como pieza del sistema, no podía encabezar ya la lucha de la clase obrera contra la Revolución Libertadora cuando las circunstancias reales venían planteando esa lucha como una lucha contra el sistema. La opción contra la Revolución Libertadora y sus sucedáneos sólo es posible ya como opción contra el sistema, como la opción que el peronismo no hizo, que al peronismo le era esencial no hacer. Y mudarnos sencillamente de la Revolución Libertadora al peronismo sería, hoy, rehuir esta opción. Sería optar de nuevo por la Revolución Libertadora, optar por ese mecanismo fundamental de la Revolución Libertadora que fue y sigue siendo la fatal, inevitable y consustancial eludificación peronista.

En una palabra, entroncar hoy con el peronismo, significaría consolidar la permanencia de la clase trabajadora en el marco político de su derrota. La tarea del Partido es extraerla de ese marco. Pero extraerla de él hacía una alternativa frente al sistema. Y constituir esta alternativa, que es función inmediata del Partido Socialista, significa esencialmente confirmar a la clase trabajadora en la experiencia nacional que ella iniciara bajo el peronismo, esa experiencia nacional que nosotros somos culpables de haber abandonado a una expresión política deformante, y a la postre derrotista, por habernos sumado al conglomerado antinacional que en 1945 enfrentó a Perón.

La tarea, pues, de constituir una alternativa frente al sistema es todo lo contrario de una tranquila permanencia dentro de nuestra tradición de abstractos clasismos internacionales. Significa dar el gran salto histórico hacia la cabal comprensión de que **la lucha de clases constituye hoy la contradicción básica de la sociedad argentina, no porque sea un indivisible combate mundial, sino porque se ha asimilado a ella la lucha entre lo nacional y lo antinacional, entre la emancipación nacional y el imperialismo.** Y nosotros sólo podremos asumir la lucha de clases, en sus términos reales, asumiendo la línea nacional que en ella, y sólo en ella, se concreta. Pero con el agregado insoslayable de que sólo podremos asumir esta línea nacional, en sus términos reales, en la medida en que es obrera, en la medida en que es revolucionaria, en la medida en que es realmente socialista. La Revolución Social ha de ser fundamentalmente una Revolución Nacional. Pero la Revolución Nacional sólo es posible como Revolución Social. Ambos instancias son meras abstracciones fuera de su síntesis. Y si para confluir con lo nacional, el Partido Socialista ha de abandonar su abstracto clasismo internacional, no ha de hacerlo para mudarse a la abstracción de enfrente, sino para constituir esa síntesis, precisamente.

Baran, Paul A.

... La economía política del crecimiento. México, Fondo de Cultura Económica [1959].

347 p. 22 cm. (Sección de obras de economía)

"Traducción de Nathan Warman"

# EN TORNO A LOS PAISES SUBDESARROLLADOS

sayo de industrialización (en términos ya altamente competitivos para su época) con el único fin de favorecer sus propios intereses industriales.

Japón es el ejemplo viviente que destruye la falacia que predica la necesidad del capital extranjero para el rápido desarrollo de los países no industrializados. Es Japón probablemente el único país asiático que no recibió una colonización y un ingreso masivo de capital extranjero por parte de Occidente. Este hecho, unido a una serie de factores históricos, que Baran puntualiza, hacen en poco tiempo del Japón un país con un alto desarrollo industrial, producto en gran parte de una política independiente que no sufrió las deformaciones tan comunes a los demás países. La pobreza del pueblo japonés y su escasez de recursos naturales terminaron, paradójicamente, siendo un factor para su ulterior desenvolvimiento. De esa manera no ofrecía atractivos para los aventureros colonizadores como América Latina, y su pobreza no le permitió convertirse en un mercado para las manufacturas occidentales.

Entre las tantas observaciones realmente originales, es necesario destacar cierto párrafo, por su especial interés para la condición agrícola de América Latina.

"Se suele sustentar la falacia de que una reforma agraria, fraccionando las grandes fincas, dando en propiedad pequeñas parcelas a algunos campesinos sin tierra y liberando a los arrendatarios de sus asfixiantes obligaciones pondría fin al estancamiento de la agricultura en los países atrasados." A renglón seguido Baran nos demuestra que esto es ilusorio y que el nivel de los campesinos, bajo por naturaleza, quedaría estancado, vale decir no existiría el ahorro del excedente para la inversión en la capitalización de la agricultura. La agricultura sólo es altamente productiva si es tecnificada el proceso y se realiza en "extensiones económicas".

Siguiendo con las palabras del autor, diremos que "una reforma agraria, cuando se realiza en medio de un atraso general, retardará más de lo que adelantará el desarrollo económico y un país".

Naturalmente, no podía faltar en un libro de tal enjundia el análisis de los países socialistas o no capitalistas. Y es en este aspecto donde Baran demuestra un gran conocimiento de la situación actual de esas naciones y enfoca su política con gran justeza.

No está dentro de la índole de este comentario un estudio exhaustivo de tan interesante obra en el campo de la economía moderna, tarea que ha de tentar a estudiosos especializados en la materia, pero es necesario destacar que es uno de los trabajos más serios y mejor documentados en el campo de la Economía política, aparecidos en lengua castellana en los últimos tiempos.

No dudamos que esta obra ha de convertirse en un valioso elemento de consulta para los grupos políticos que en los países subdesarrollados aspiran a suplantarse el sistema económico capitalista por una economía socialista planificada.

LORENZO MARIO LUGO



**PRIMER CONCURSO ANUAL DE PERIODISMO "PRENSA LATINA" PREMIO "JOSE MARTI"**

"Prensa Latina", Agencia Informativa Latinoamericana, S. A., en el deseo de brindar aliento y estímulo a los periodistas latinoamericanos, ha resuelto instituir un concurso anual de periodismo, con trece premios parciales y con un premio máximo que llevará el nombre del ilustre periodista y prócer latinoamericano José Martí.

Las condiciones son las siguientes:  
 1ª El primer certamen anual comienza el 1º de enero de 1960 y cierra el 31 de diciembre del mismo año. Luego el certamen tendrá un carácter permanente.

2ª Pueden participar periodistas, profesionales o no, nacidos en cualquier país de Latinoamérica.

3ª Los trabajos que se presenten deben ser inéditos, escritos a máquina en castellano, portugués (para el caso de Brasil) o francés (para el caso de Haití). En caso de venir acompañados de fotografías —lo cual es aconsejable—, dichas fotografías deberán ser propiedad del autor del artículo.

4ª Los trabajos pueden ser firmados con el nombre del autor o con seudónimo. En este caso se debe aclarar en hoja aparte el verdadero nombre. En todos los casos, se acompañará al nombre la dirección del participante.

5ª El concurso abarca todos los géneros usuales del periodismo: crónica, artículo, reportaje ilustrado, entrevista, etc.

6ª Para discernir los premios parciales y el premio máximo "José Martí", "Prensa Latina" realizará tres tipos de selección: mensual, semestral y anual.

7ª El mejor trabajo recibido mensualmente será premiado con la suma de 50 dólares.

8ª Los seis mejores trabajos correspondientes a los meses de enero a junio de 1960, inclusive, participarán en una selección semestral, con un premio de 250 dólares para el mejor.

9ª El premio semestral y los seis trabajos elegidos de julio a diciembre de 1960 participarán en la selección anual. El mejor será consagrado con el premio "José Martí", y remunerado con la suma de 500 dólares y un viaje de ida vuelta desde el país de su residencia hasta La Habana, sede central de "Prensa Latina", con permanencia paga durante diez días.

10ª Los trabajos deben ser remitidos a "Prensa Latina", Concurso Anual de Periodismo, Apartado 6268, La Habana, Cuba.

11ª Para disputar los premios mensuales serán considerados aquellos trabajos que lleguen a La Habana hasta el último día de cada mes, haciéndose la comprobación respectiva por el matasellos del correo local. Los que lleguen después de esa fecha entrarán en la selección del mes siguiente.

12ª Los premios serán enunciados y entregados durante el mes siguiente al de su otorgamiento. Es decir, que el premio de enero se entregará en el mes de febrero, etc.

13ª Toda consulta debe dirigirse a "Prensa Latina", Concurso Anual de Periodismo, Apartado 6268, La Habana, Cuba.

**LIBERTAD DE PRENSA**

Julio Lanzarotti Rivera, director de la revista "Ercilla", el semanario más influyente de Chile, fué destituido de su cargo en relación con la información que ofreció sobre la visita de Eisenhower a ese país.

Lanzarotti, que acababa de llegar de un viaje por Suecia, Noruega, Italia, Israel, Egipto, Francia, Inglaterra y España, invitado por los gobiernos de esos países, mantuvo en "Ercilla" la línea periodística independiente que imprimió al semanario hace 14 años cuando se hizo cargo del mismo. Hace pocos días publicó dos páginas interiores sobre el viaje del presidente norteamericano por América Latina, agregando las opiniones de políticos, intelectuales, profesionales, estudiantes y hombres de negocios acerca de la gira del mandatario norteamericano.

Todas las otras revistas editadas por la empresa "Zigzag", propietaria también de "Ercilla", pusieron sus portadas a disposición de la publicidad por Eisenhower, rindiéndole homenajes y trasformando sus carátulas en cartelones de propaganda. "Ercilla", en cambio, publicó en su portada una gran fotografía de la estrella argentina Gilda Louisek.

Julio Lanzarotti Rivera fué llamado por el presidente de la compañía, quien en presencia de altos funcionarios de la empresa le explicó que "debido a la falta de coincidencia entre nuestra manera de pensar y la suya" habían resuelto separarlo inmediatamente de su cargo de director.

"Ercilla" era el único semanario independiente que se publicaba en Chile, sin que tuviera una orientación periodística que obedeciera a intereses políticos o financieros determinados, a pesar que sus actuales propietarios pertenecen a la aristocracia social y económica de ese país.

Otro de los cargos hechos al director Lanzarotti fue no haber concurrido a la recepción ofrecida por el presidente Eisenhower al presidente Alessandri en la sede de la embajada de los Estados Unidos en Santiago. Lanzarotti era uno de los únicos cuatro directores de órganos periodísticos que el presidente Eisenhower había hecho invitar. Los otros eran los de los matutinos "El Mercurio", "La Nación" y "El Diario Ilustrado". Lanzarotti explicó que sus ingresos como periodista no le permitían "el dispendio de adquirir smoking para él y traje de gala para su esposa", razón por la cual no había concurrido a la recepción en la que se indicaba "tenida de etiqueta".

Cuando supo el acuerdo de la empresa, el periodista Rafael Otero Echeverría, que pertenecía a la planta de redactores de "Ercilla" desde 1946, renunció por solidaridad profesional.

**ESQUEMAS ECONOMICOS**

**II - ACCION DE LOS DINAMITEROS**

El equipo Blanco - Verrier - Cueto Rúa-Krieger Vassena actuó principalmente sobre los siguientes sectores:

a) Comercio exterior: **Desnacionalización del comercio exterior, liquidación del I.A.P.I.; abandono de los convenios de comercio bilaterales, efectuando un viraje hacia el multilateralismo que nos hace adherir de esa manera a un área monetaria fuerte: el dólar. Se consolidan las deudas comerciales vigentes al 2 de julio de 1956 con varios países europeos: Club de París.**

b) Política Monetaria: **Descentralización del Banco Central, desconectándolo del Ministerio de Finanzas, que orienta la política monetaria y crediticia. Desnacionalización de los depósitos bancarios para dar más soltura en sus operaciones a los Bancos particulares. Supresión del control de cambios, creando las bases para la existencia de un mercado libre. Por último, se incorpora a nuestro país al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional, que decididamente pasa a controlar la política monetaria y crediticia.**

c) Servicios públicos: **Se fundan las bases para la entrega de concesiones**

para la explotación de nuestras reservas petrolíferas, firmando "cartas de intención" con los "trusts" internacionales. Se efectúan preparativos para una nueva concesión "per eternam vitae" a las empresas de electricidad. Se pone en marcha un programa de desmantelamiento y descédito popular para con las distintas empresas de servicios públicos: ferrocarriles, transportes urbanos, telecomunicaciones, aeronavegación.

d) Agro: **Se estimulan las actividades agropecuarias mediante la fijación de precios oficiales de garantía para los granos y forrajeros que en algunos casos alcanzan al 100 % de aumento sobre los vigentes a la fecha. De esa forma se favorecen los intereses latifundistas.**

e) Precios y salarios: **Se congelan en gran medida los salarios, evitando por diversos medios (comprendido movilizaciones de trabajadores) las justas reivindicaciones proletarias ante el violento aumento del costo de la vida producido por la liberalización de los precios de los artículos de primera necesidad y la supresión de todo tipo de controles sobre los mismos.**

f) Industria: **Como consecuencia de los convenios celebrados con varios países europeos a fin de consolidar las deudas comerciales pendientes con los mismos, varios de ellos condicionaron su aceptación a la devolución de las inversiones que habían efectuado con an-**

Señor Administrador de **SITUACION:**

Acompaño cheque-giro N° .....

por la suma de M\$n .....

por mi suscripción a ocho números.

Nombre y apellido .....

Calle ..... Piso ..... Dto. ....

Localidad .....

**SUSCRIPCION a ocho (8) números**

Común ..... m\$ n. 100.—  
 De amigo ..... " 250.—  
 Cheques y giros a la orden de

**SITUACION**

Casilla de Correo 3115 - Bs. As.

terioridad a la última contienda. Una o una, las empresas DINIE caen en poder de los trusts a quienes pertenecieron.

Esta política trajo como consecuencia un proceso de redistribución del ingreso nacional en desmedro de las clases populares que alcanzó, a fines de 1957, a un 3,7 % en relación con 1954 y un 5,1 % en relación con 1952, que fue el año de mayor participación del trabajo en el reparto del ingreso nacional. Se favorecían de esa manera los intereses de las clases terratenientes y latifundistas que ahogan nuestra economía rural.

### III - ESTABILIZACION Y ENTREGA

El equipo económico formado en primera instancia por el presidente Frondizi, por falta de capacidad o de audacia y en gran parte por el poco favor de que gozaba en el país imperialista del Norte, no consiguió poner en marcha el llamado "Plan de Austeridad", ni obtener la ayuda exterior que se requería para solventar el importante déficit exterior e interior que estrangulaba nuestra economía. Así fue como se encomendó al actual ministro de Economía-Trabajo llevar adelante su propio plan, coronación de la labor preparatoria de los ministros "dinamiteros".

Detrás de este plan denominado de "Estabilización y Desarrollo", como del de "Austeridad", receta-tipo elaborada por el Fondo Monetario Internacional, la clase trabajadora sabe que sólo se esconde la palabra HAMBRE.

En efecto, si lo analizamos brevemente veremos que la estabilidad que se pretende lograr no es la de la economía interna en su relación salarios-precios, sino que se esfuerza en mantener una suerte de paridad o equilibrio más o menos estable entre el peso argentino y el dólar, para que los probables inversores extranjeros puedan encontrar el "clima"

propicio para hacer efectivas sus inversiones.

Se sacrifica de ese modo al trabajador nativo, que soporta el peso del voluminoso déficit exterior; sacrificio estéril, por otra parte, ya que el ahorro así obtenido no se utiliza en la adquisición del utilaje industrial necesario que permitiría a breve plazo aumentar la producción industrial y agropecuaria, y lograr así la verdadera y deseable "estabilización".

El Estado, paralelamente, decide no seguir soportando los déficits de las empresas nacionalizadas de servicios públicos y utiliza para lograr la estabilidad un expediente similar: el aumento de las tarifas, que alcanzan cifras considerables a corto plazo, repercutiendo hondamente en los presupuestos familiares.

Estabilizado así el peso en el orden externo, provocado el descenso del nivel de vida de las clases populares, el camino está libre para la consumación de la entrega de las fuentes de producción nacionales al inversor extranjero. Es la etapa que vivimos actualmente.

Comenzando por el petróleo, la energía eléctrica e hidro-eléctrica y siguiendo por los trasportes ferroviarios, automotores y aéreos y los servicios públicos en general, todo tiende a volver a las manos de los monopolios internacionales que en una oportunidad obtuvieron fuertes ganancias de su explotación y que los enajenaron a buen precio cuando comenzaron a ser deficitarios.

El plan de entrega se completa con medidas de seguridad en el orden interno y externo. El Fondo Monetario Internacional controla constantemente el equilibrio peso-dólar, evitando oscilaciones contraproducentes. La política crediticia y fiscal se pone a disposición de las grandes empresas monopolistas. El gobierno adhiere a la I.C.A. y otorga garantías extraordinarias para respaldar las inversiones extranjeras. El ano-

nimato accionario permite al tenedor de valores mobiliarios percibir sus dividendos sin individualizarse, pagando una tasa fija del 35,6 %; 30 % abonado por la empresa en forma definitiva y 8 % del 70 % restante retenido como compensación por el "anonimato". Los grandes capitales eluden, de esta forma, la tasa progresiva del impuesto implantada con miras a una más justa redistribución de la renta nacional.

Por último, la ley 15.272, de reciente sanción, permite a las empresas de capital reevaluar sus activos a partir del primer ejercicio económico de 1960, lo que producirá en forma inmediata una elevación del precio de los artículos manufacturados, por vía de un aumento de las amortizaciones practicadas sobre el importe del revalúo, que serán cargadas al costo de los mismos.

### IV - CRITICA

Esbozado así, a grandes rasgos, resulta evidente a primera vista que el plan económico que se está desarrollando no traerá ningún beneficio para la Nación en su conjunto, ni a la clase trabajadora en particular.

La entrega de todas las fuentes de riqueza así como los resortes de la economía se dejan librados a la voluntad de los monopolios internacionales. La producción industrial decae sensiblemente, así como también la actividad agrícola, que sólo se mantiene estacionaria; mientras que la ganadería se ve menguada en su potencial al reducirse notablemente el número de cabezas existentes.

En la próxima rota haremos un estudio exhaustivo de la situación económica actual en todos sus sectores, con aportación de datos estadísticos que mostrarán en forma evidente lo acertado de la crítica que aquí anticipamos.

¿Puede donar tiempo a  
situación?

#### Necesitamos:

traductores  
dactilógrafos  
correctores  
dibujantes  
gestores de suscripciones

Esperamos artículos, ensayos, comentarios, etcétera.

CeDInCI

## **EN EL PROXIMO NUMERO:**

panorama gremial

¿existe la izquierda en norteamérica?

los que deciden

finés de la escuela primaria

atraso y desorden

la democracia obrera y los sindicatos

un cuento de sara gallardo

un cuento de dysis guira

el ejemplar. **15** pesos m/argentina